Clara Coria



EL AMOR

NO ES COMO NOS CONTARON...

ni como lo inventamos

Todavía hoy muchas mujeres piensan que el amor es entrega absoluta e incondicional y se mantienen en un segundo plano, confundiendo amor con renuncia. Estas creencias forman parte de la mentalidad de muchas mujeres sin que apenas se den cuenta, que las consideran como algo natural y socialmente aceptable.

Pero esa concepción del amor de pareja, que confunde amor con cuidado excesivo, está construida a imagen y semejanza del amor maternal. Muchas mujeres cuidan a los hombres como si fueran madres y esperan de ellos que, a su vez, se comporten como padres con ellas.

Tomar conciencia de estos «malentendidos» es el primer paso para desterrar actitudes que, lejos de consolidar los vínculos amorosos, provocan decepción y desamor.

A partir de los testimonios de diversas mujeres, este libro nos muestra los mitos amorosos más comunes con la intención de enseñarnos el camino hacia una nueva concepción del amor, que no es precisamente ni como nos contaron ni como lo inventamos.

Clara Coria

El amor no es como nos contaron... ni como lo inventamos

Clara Coria, 2001
Diseño de la cubierta: Gustavo Macri

Dedico este libro sobre el amor de pareja a mi compañero desde hace más de veinte años, Alby Gellon… por todo el amor compartido.

Agradecimientos

Mi profundo agradecimiento a las mujeres valientes que respondieron a la convocatoria para reflexionar sobre el amor ofreciendo lo mejor de sí mismas. Cada una de ellas abrió su propia «caja negra del amor», donde se guardan y acumulan tantos sentimientos inconfesables. Sin ellas me hubiera sido imposible surcar aguas tan atrayentes como perturbadoras.

La solidaridad grupal y el respeto mutuo fueron los lazos protectores que nos mantuvieron a resguardo de los cantos de sirena, como a Ulises los lazos que lo ataron al mástil. Así fue posible descubrir algunos de los misterios ocultos en esos cantos fascinantes sin quedar atrapadas por estos.

A todas ellas, mi cariño y gratitud.

El amor es un misterio y no es mi objetivo desvelarlo.
Me propongo solamente correr alguno de los velos que ocultan la utilización que hace la sociedad patriarcal de dicho misterio para mantener a las mujeres prisioneras de ilusiones inalcanzables en las que se pierden a sí mismas, y a los varones copartícipes de que los mutila también a ellos.
Muchas mujeres cuidan a los hombres como si fueran sus hijos pero les reclaman como a padres, y muchos varones tratan a las mujeres como hijas pero exigiéndoles como a madres.

Introducción

Creo no estar equivocada cuando considero que abordar el tema del amor es enfrentarse con uno de los grandes misterios de la humanidad. Cuando incursionamos en el complejo universo amoroso con la intención de esclarecer ciertos aspectos del llamado «amor de pareja» es posible descubrir que dicho amor ha estado profundamente condicionado por las culturas de tumo y no pocas veces ha servido como vehículo privilegiado de control del orden social. El amor, tan frecuentemente considerado indomable y fiel a sí mismo, también ha sucumbido a las influencias de los poderes dominantes. Al respecto, George Duby —excepcional historiador e investigador de la Edad Media— señala muy insistentemente que «no puede tratarse de situar la evolución del amor en el nivel de una simple historia de sentimientos, de pasiones y mentalidades aislada de la historia de otros componentes de la formación social[1]». Tomando en cuenta sus observaciones y las mías propias voy a plantear que, efectivamente, el amor de pareja está profundamente condicionado desde lo cultural, y que dichos condicionamientos imponen moldes que dan forma a los comportamientos amorosos en la pareja. En otras palabras, *que el amor de pareja ha sido construido socialmente* a lo largo de la historia. Con esto quiero significar que la manera de expresarlo, los contenidos asociados a él, las expectativas adjudicadas, las maneras consideradas femeninas y masculinas de demostrarlo, el lenguaje amoroso, las normativas amatorias, como también las formas de gozarlo y de sufrirlo, han sido construidos en cada una de las épocas históricas, siguiendo

cánones muy precisos que surgían de la moral social imperante, la que a su vez respondía a la estructura de poder dominante.

Veamos a qué me refiero. El amor es un sentimiento tan antiguo como la humanidad y de él existen vestigios en los mitos más arcaicos. Los pueblos de todos los tiempos han dejado múltiples registros del amor entre las personas a través de sus libros sagrados, textos filosóficos, poemas épicos, tragedias, comedias, novelas y tradiciones orales. Su presencia fue una constante en todas las épocas pero no fue igualmente constante la manera de concebirlo. Su fisonomía adoptó distintas expresiones que se reflejaron alternativamente en el llamado amor platónico, amor pasión, amor cortés y amor romántico, entre otros. El *amor platónico* suponía la sublimación de la satisfacción camal tras la búsqueda de una unión de almas en pos de un ideal de belleza, que era el camino privilegiado hacia la verdad. En este amor no tenían cabida las mujeres, ya que en la antigua Grecia, la mujer estaba apartada de la cultura superior y encaminada al matrimonio y la producción de hijos. El *amor pasión*, cuyo punto de partida suele ubicarse en el romance de Tristán e Isolda, hace del amor una experiencia de sufrimiento y muerte. Denis de Rougemont nos recuerda que el significado etimológico de «pasión» es sufrimiento, y señala que sin embargo ya no advertimos en su significado el contenido sufriente, sino que lo asociamos a lo que es apasionante, atractivo. Pero la pasión de amor significa, de hecho, una desgracia**[2]**. El *amor cortés*, ese *fine amour* del medioevo, no era sino un desafío entre hombres que galanteaban a una mujer imposible, la Dama, a la que no podían acceder sino a riesgo de su vida, donde el juego amoroso era (al decir de Duby) en primer lugar educación de la mesura. Al respecto Duby insiste en señalar que en el amor cortés «no hay duda de que el modelo de la relación amorosa fue la amistad viril». El *amor romántico*, basado en la idealización de un amor imposible por el que las mujeres eran capaces de dejarse morir, como lo han mostrado tantas novelas del siglo XIX, sigue teniendo no pocas adeptas aún en el siglo XXI. En síntesis, desde Homero hasta

Stendhal, desde Sófocles y Platón, pasando por Ovidio y Goethe, hasta George Brassens, por nombrar solo unos pocos representantes de sus épocas, el amor de pareja mostró más de una cara.

Considero de capital importancia poner en relieve algo que suele mantenerse llamativamente oculto y es que, aun cuando la construcción social del amor de pareja haya desplegado a lo largo de los siglos una amplia diversidad de contenidos, ha mantenido, a pesar de ello, una constante. Dicha constante está vinculada con los lugares asignados a mujeres y a varones en la dinámica amorosa. Me refiero a que en esa dinámica *el lugar asignado a la mujer ha sido claramente el lugar de objeto*. Uno de los escritos más elocuentes al respecto es el que nos ofrece Duby en su libro *Damas del siglo XII*[3]. Dice así:

> Para ellos la mujer es ante todo un objeto. Los hombres la dan, la cogen, la tiran. Forma parte de sus haberes, de sus bienes muebles. O, para afirmar su propia gloria, la exponen a su lado, pomposamente ataviada, como una de las piezas más hermosas de su tesoro, o la ocultan en el rincón más profundo de su morada y, si tienen que sacarla de ahí, la disimulan bajo las cortinas de la litera, bajo el velo, bajo el manto, porque importa ocultarla a la vista de los demás hombres que bien podrían intentar apoderarse de ella. De este modo existe un espacio cerrado reservado a las mujeres, estrechamente controlado por el poder masculino. Asimismo son los hombres los que rigen el tiempo de las mujeres, quienes les asignan en el transcurso de su vida tres estados sucesivos: hijas, necesariamente vírgenes; esposas, necesariamente sometidas a su abrazo porque su función es traer al mundo sus herederos; viudas, necesariamente sometidas de nuevo a la continencia. En todos los casos subordinadas al hombre, de acuerdo con las jerarquías que, según el plan divino, constituyen los miembros de la creación.

Quiero señalar algo que me parece de fundamental importancia: en este contexto, decir que la mujer ocupaba el lugar de objeto *significa claramente ser objeto del deseo de otro*. Esto supone, entre otras muchas cosas, que ellas quedaban instaladas en el lugar de espectadoras dependientes de las necesidades de otros, convencidas

de que el deseo es patrimonio ajeno. En mi criterio, esta convicción, reforzada culturalmente por siglos de marginación, es el eslabón clave que va uniendo la cadena de los siglos respecto de los comportamientos femeninos en los vínculos amorosos. A nadie le cabe duda de que desde el siglo XII hasta nuestros días ha corrido mucha agua bajo el puente de la historia humana. Los movimientos sociales que lucharon por instalar políticas más democráticas que las feudales generaron movimientos de igualdad en diversos ámbitos. La Revolución Francesa y la Revolución Industrial promovieron mecanismos que permitieron a las mujeres escapar de la reclusión doméstica. Finalmente, los movimientos de liberación femenina sentaron las bases para una mayor independencia. Las mujeres de hoy no son las mismas que las niñas de la antigüedad, de las que se disponía como moneda de cambio para garantizar una buena prole. Las mujeres de hoy tienen acceso a la independencia (no todas ni en todos los lugares del mundo), deciden sobre sus amores y tienen la pretensión de disfrutar vínculos amorosos donde unas y otros sean sujetos de sus propios deseos. Sin embargo, el anhelo de conectarse con los propios deseos y a partir de ello legitimarse

En pleno inicio del siglo XXI es posible encontrar infinidad de vestigios de las épocas medievales que solo aparentemente quedaron enterrados en las sombras de la historia pasada. Vestigios que muy pocas/os reconocen porque han sido meticulosamente *aggiornados* con una cosmética de dudosa calidad. Pero así como los maquillajes se cuartean con las lágrimas, así también las aparentes acomodaciones amorosas de las mujeres de hoy día deterioran y enferman las bases mismas en las que pretenden sustentar el amor de pareja. Algunos de los temas desarrollados en este libro pretenden dar cuenta de ello. En el primer capítulo desarrollo el tema de los llamados «cajoneos» amorosos y amores satelitales que tanto contribuyen a ocultar los deseos femeninos; en el segundo pongo en evidencia cuántas de las entregas incondicionales se convierten en equivocaciones de fatales consecuencias para el vínculo amoroso; en el tercer capítulo saco a la luz las trampas

encubiertas en el mito de la media naranja, con su pretensión de eje único; en el cuarto, desnudo muchas de las supuestas «maldades» femeninas que culpabilizan a no pocas mujeres a la hora de plantear sus desacuerdos amorosos; en el capítulo quinto incluyo un tema muy puntual de la vida cotidiana, en la cual a menudo las mujeres interpretan como «actos de amor» actitudes riesgosas que poco tienen que ver con el amor; en el capítulo sexto esbozo dos teorías: la del vaciamiento y la de la plastilina, las cuales dan cuenta del sentimiento que a menudo les lleva a pensar «si no me ama me muero»; en el séptimo y último capítulo expongo la hipótesis central acerca del modelo amoroso sostenido por muchas mujeres en el vínculo de pareja, a partir de desmitificar el «aguante», con el que se pretende salvar relaciones amorosas sin conciencia de la dimensión perversa que dicho «aguante» conlleva.

Este libro es el producto de muchos años de investigación. Cuando en 1996 se editó *Las negociaciones nuestras de cada día*, comencé inmediatamente a organizar un proyecto que me permitiera indagar sistemáticamente las hipótesis exploratorias que había ido construyendo en los años previos sobre el tema del amor. Estaba convencida de que este era un tema clave al que había accedido después de internarme por una selva escabrosa que me había conducido por senderos peligrosos, como lo fueron los temas del dinero, el éxito y las negociaciones cotidianas. Afortunadamente salí airosa de semejante travesía y ello me estimuló a lanzarme en el que yo consideraba un tema paradigmático de las mujeres. Fue así como, insistiendo con una metodología que en los últimos quince años me había dado sobradas pruebas de su sensibilidad para investigar temas de profundo contenido psicosocial, elegí nuevamente la de los grupos de reflexión[4]. A tal efecto convoqué a un grupo de mujeres dispuestas a participar. Aceptaron el desafío de adentrarse en un tema que reconocían haber transitado con distintas vicisitudes a lo largo de sus vidas. El tema las excitaba a pesar de tener conciencia de que se trataba de un terreno muy resbaladizo. Dicha excitación no lograba desterrar el temor que la tarea

provocaba, porque intuían (con sobradas razones) que el amor era un tema medular en la vida de las mujeres y les inquietaba terreno que podía echar por tierra muchos de los basamentos en que habían sostenido no pocos momentos importantes de sus vidas. Sin embargo, el coraje pudo más que el temor, como tantas veces lo demostraron las mujeres a lo largo de la historia. Si para cualquier honesto/a estudioso/a puede ser un acto de valentía revisar los criterios que rigen el comportamiento de su propia sociedad, para las mujeres que se animan a revisar los criterios de amor sobre los cuales fueron construyendo sus vidas, dicha valentía se convierte en un acto de arrojo que a mi criterio supera las aventuras más osadas. El coraje de estas mujeres me llenó de orgullo por el género femenino y acompañó mis propias inquietudes, que no eran pocas. A todas ellas les estoy profundamente agradecida por haber compartido una travesía que duró tres años.

Debo confesar que la escritura de este libro fue la más difícil de todos los que concreté. Ninguno de mis cuatro libros anteriores me generó tantas dudas ni tantos sentimientos encontrados. Los momentos de satisfacción que acompañaban al esclarecimiento de algún punto que consideraba crucial solían ser rápidamente empañados por un profundo sentimiento de impotencia ante la complejidad del tema y mi exigencia por evitar caer en generalizaciones erróneas, en posturas prejuiciosas o esquematismos superficiales. Eran tantos los significados atribuidos al amor y tanta mi insistencia en ofrecer un texto coherente que a menudo terminaba aprisionada por los mismos hilos que intentaba desenredar. Durante dos años fui escribiendo apasionadamente (es decir, sufrientemente) hojas que se acumulaban en pos de un futuro libro cuyo título siempre se me escapaba. Hasta que llegué a una decisión dolorosa: el libro nunca vería la luz porque su contenido se me escurría no bien lo atrapaba.

Pocos meses después de esta decisión fui invitada a coordinar unos talleres sobre el tema de las negociaciones cotidianas y los obstáculos con que tropezaban las mujeres cuando debían

abordarlas, a la ciudad de Santa Rosa, en la provincia de La Pampa. En esa oportunidad, el comentario de una de las mujeres participantes, que vivía en un apartado lugar de la provincia, fue el detonador que me llevó a revisar mi decisión. Su agradecimiento, además de complacerme, me hizo tomar conciencia de cuánto son capaces de aprovechar las mujeres de todo libro que llegue a sus manos en su empeño por mejorar sus vidas. Tomé la decisión de animarme a exponer mis reflexiones sobre el tema dándome a mí misma el permiso de presentarlas con mucha mayor modestia de lo que mis aspiraciones iniciales lo exigían. Acababa de aceptar que mis investigaciones, por muy importantes que me parecieran, no eran la panacea capaz de explicar todo sobre el amor, ni mucho menos. Pero al mismo tiempo también me daba cuenta de que, por muy pequeño que fuera mi aporte, siempre habría alguna mujer en algún rincón lejano —y también algún varón— a quien mis reflexiones le ayudaran a buscar en sí misma/o mejores formas de vivir y de amar. Llegado a este punto, el tórrido enero de 2001 me encontró abocada a la tarea de dar forma al libro que había decidido hacer vivir.

Insisto en señalar que no es el objetivo de este libro hacer una historia del amor ni dar cuenta de la diversidad de significados atribuidos al mismo por griegos, romanos, cristianos del medioevo, renacentistas, modernos y posmodernos. Mucho menos plantear las diferencias existentes entre los diversos amores en función de su objeto: amor al conocimiento, amor místico, amor solidario, amor carnal, etcétera. De ello se han ocupado y seguirán ocupándose muchos otros especialistas en el tema. Mi propósito es poner el foco en el amor que entrelaza a los seres humanos en ese recorte tan acotado que los contemporáneos solemos denominar «amor de pareja». Dentro de ese recorte, mi objetivo es incluir una perspectiva de análisis que incorpore lo que generalmente suele ser omitido: es *lado oscuro del amor* del que nadie habla. Me refiero a los condicionamientos de género de los que se vale la cultura para perpetuar jerarquías en el corazón mismo del amor. Intentaré

mostrar cuán impregnados resultan los comportamientos de mujeres y varones a la hora del intercambio amoroso a causa de dichos condicionamientos y a pesar, incluso, de los cambios producidos en la condición femenina. En otras palabras, mi objetivo no es develar los misterios del amor, ni desplegar su historia, sino solamente correr algunos de los velos que ocultan la utilización que hace la sociedad patriarcal de dicho misterio para mantener a las mujeres prisioneras de ilusiones inalcanzables en las que se pierden a sí mismas, y a los varones copartícipes de una complicidad que los mutila también a ellos.

1. El «cajoneo» amoroso

1. Cajoneos amorosos y amores satelitales

El lenguaje es una instancia viva. Hay palabras que nacen fuera de los cánones lingüísticos. No se las encuentra en los diccionarios pero circulan con plena autoridad porque transportan un significado compartido y dan cuenta de una realidad que clama por ser nombrada. Es el caso de la palabra «cajonear», que surgió espontáneamente en uno de los grupos de reflexión[5] y es posible comprobar su uso cada vez más frecuente en el lenguaje popular. Deriva de la palabra «cajón» y hace referencia a un comportamiento evitativo por el cual las personas tienden a guardar dentro de un cajón aquello de lo cual no quieren ocuparse por el momento o desean «hacerse las distraídas». Es una manera de alejar de la vista y de la conciencia lo que incomoda, lo que resulta difícil de abordar o se pretende ignorar. Es una manera de esconder o postergar. En política, por ejemplo, se «cajonea» cuando se intenta diluir un tema incómodo, mientras que en el ámbito de la Justicia, se «cajonea» un expediente cuando se intenta retardar su resolución. Como veremos a continuación, el cajoneo no es privativo de la política o de la Justicia, también se «cajonean» —y mucho— las cosas del amor.

Para comenzar a introducirnos en este nuevo tema, que es tan antiguo como el amor mismo, compartiré con ustedes algunos de los comentarios surgidos espontáneamente en mujeres que participaron en los grupos que convoqué para reflexionar sobre el amor.

«Yo no sé qué me pasa, pero cada vez que me pongo en pareja me vuelvo idiota, medio tonta. Cuando estoy sola sé quién soy y no

me pongo a esconder mi inteligencia ni mi lucidez. Es más, las pongo en práctica cuando conozco a un hombre, porque forman parte de mi atractivo y seducción. Pero al poco tiempo empiezo a perderme a mí misma, a encogerme, a jugar el juego del otro, a vestirme como le gusta, en fin, a cajonearme. Creo que me encojo porque temo que la relación corra peligro, pero en realidad lo único que consigo es que la relación termine siendo un fiasco. A veces siento que me achico para estar a su mismo nivel, es como ponerme debajo de un alero que parece más seguro».

«Mi hija adolescente está en la edad de los amores. Todas sus amigas se fueron poniendo de novia y ella no encontraba quien le gustara. Hasta que se enamoró de un chico que la invitó a salir. Se pasó horas cambiándose de ropa hasta que me preguntó: "¿Cómo te parece que tengo que mostrarme?". Yo le contesté: "Como vos sos". Pero luego me quedé pensando en cuántas veces una se "cajonea" a sí misma cuando deja de mostrarse como una es o deja de hacer lo que desea porque al otro no le gusta».

Estos comentarios ponen en evidencia distintas formas de cajoneo: acomodarse forzadamente al gusto ajeno, privilegiar exclusivamente los anhelos del ser querido o esconder lo más auténtico de la propia personalidad, aunque para todo ello el costo sea «perderse a sí misma».

En una primera aproximación resulta claro que el motivo evidente que origina muchos de estos «cajoneos» tiene su origen en el muy comprensible deseo de agradar. Dicho deseo es, sin duda, una necesidad muy humana, y podríamos afirmar con poco margen de error que casi todo el mundo desea agradar. El motivo es simple: resulta muy reconfortante despertar el interés y la aceptación de quien nos atrae. Sabemos que cuando el afecto es correspondido se consolida nuestra estima, se regocija el corazón y se apaciguan los temores de abandono. Cuando esto sucede, se abre ante nosotros la promesa de un futuro compartido. El agrado recíproco hace de la esperanza un puerto confiable, un lugar donde recalar, un rincón de certeza en la vastedad incierta que es la vida. Es, como se suele

decir popularmente, tocar el cielo con las manos. Si comparten conmigo esta manera de pensar sobre la necesidad de agradar, convendremos en que no tiene nada de original, y mucho menos de extraordinario, que las personas dediquen muchas energías a intentarlo. Pero es justamente aquí, en este «intentarlo», donde se producen no pocas confusiones.

Algunas mujeres, por ejemplo, hacen del amor una entrega incondicional creyendo que de esa forma protegen la tan mentada «armonía hogareña», y terminan confundiendo amor con servilismo. Otras, se mantienen en un «prudente» segundo plano creyendo que esa es la manera de amar «de verdad», y terminan confundiendo amor con autopostergación. Se trata de confusiones que circulan en un plano inconsciente, y han sido incorporadas a la subjetividad como naturales porque son avaladas por una sociedad que tiene toda la intención de hacer creer que las incondicionalidades femeninas no tienen costos, como tampoco los tienen las autopostergaciones. No son pocas las mujeres que se sienten entrampadas y confundidas cuando sus seres queridos las sobrecargan con demandas excesivas que acompañan con un muy natural «¿Total, qué te cuesta?».

Una mujer comentaba:

«Me la he pasado haciendo concesiones diarias y asumiendo unilateralmente los costos del mantenimiento familiar. Para conservar la armonía hogareña —que debería ser responsabilidad de todos— saco a pasear a disgusto al perro que nunca deseé, o resigno mi única media hora libre del día para hacer un trámite que es responsabilidad de otro… siempre creyendo que no me cuesta nada. Algunas mujeres pagamos un costo altísimo. Y lo peor es que hubo costos sin sentido, porque la familia hubiera seguido funcionando lo mismo si yo hubiese dejado de hacer muchas de las cosas que no me gustaban. ¡Fue un mantenimiento al pedo!».

Esta frase, «¿Total, qué te cuesta?», es tan famosa como hipócrita, y con ella se pretende negar lo innegable: que cualquier cosa que hagamos tiene su costo, y que por más que intentemos

evadirlo aparece en el recodo menos esperado de la vida, cobrándonos intereses usureros por nuestras propias facturas atrasadas. En el amor —como en cualquier otro orden de la vida— todas nuestras opciones tienen un costo y resulta profundamente insalubre negarlo. En una oportunidad, una mujer empresaria comentaba:

«En una empresa, se puede hacer cualquier cosa con los costos, menos negarlos porque cuando eso sucede, las empresas quiebran».

Y agregó:

«Muchas mujeres niegan los costos de sus entregas, y también quiebran».

El amor, por más maravilloso que sea el sentimiento contenido en él, no está exento de costos, y cuando dichos costos son excesivos, alteran el equilibrio amoroso perturbando el sentido de su intercambio. Veamos a qué me refiero. Algunas personas exageran sus afanes por satisfacer las demandas del ser querido, dispuestas a «sacrificarse» con la remota esperanza (consciente o inconsciente) de que dichos «sacrificios» les garanticen un amor vitalicio. Con frecuencia, estos sacrificios son en realidad renuncias unilaterales que no hacen sino intensificar las expectativas de retribución por parte de quien así se «sacrifica». Expectativas que, con frecuencia, se transforman en demandas asfixiantes hacia el beneficiario de dichos «sacrificios». El resultado final suele ser insatisfactorio, tanto para el beneficiario como para el benefactor, porque el costo de los sacrificios siempre es demasiado alto y se convierte en una deuda insaldable. Estoy convencida de que el amor que se mide por el monto de renuncias unilaterales es un amor que necesariamente está condenado a dar pérdidas. El que ha invertido su vida (cuyo tiempo irreversible es irrecuperable) cajoneando sus anhelos, su personalidad, sus ambiciones y sus particulares necesidades de comunicación, desarrollo personal o afectivo, termina reclamando un resarcimiento imposible de satisfacer. Por otro lado, el que es reclamado como deudor, suele sentirse tan agobiado por el peso de la demanda que el vínculo amoroso se transforma en un cautiverio

infernal. Es aquí donde podemos decir que los «sacrificios» por amor suelen devengar costos demasiado onerosos que socavan las bases mismas del intercambio amoroso.

Viene al caso recordar una anécdota que, aunque ya fue expuesta en *El dinero en la pareja* (1989), ejemplifica en toda su magnitud las consecuencias de este tipo de «sacrificios».

> Era el caso de un matrimonio mayor con hijos y una trayectoria conyugal de unión y complementariedad (¡sobre todo de complementariedad femenina!). Él siempre se había destacado por sus conocimientos y prestigio profesional y personal. Ella, mujer sobria e inteligente, lo había secundado en todo momento. En las reuniones, mientras él era la *vedette* que deleitaba con su conversación y erudición, ella escuchaba atentamente haciendo muy pocas observaciones, aunque lúcidas y profundas, que sorprendían porque no se las esperaba de alguien que estaba tan a la sombra. Ya en edad avanzada, él es intervenido quirúrgicamente, saliendo airoso de la operación, pero muy irritable e irritante. En esa oportunidad, su mujer (ya de 80 años) en el colmo de su paciencia le dice: «No te aguanto más, me voy a tomar unas pastillas y me voy a morir». Él desestimó su comentario pero cuando horas después fue en su busca, la encontró dormida y no podía despertarla. Efectivamente, se había tomado varias pastillas para dormir, pero por fortuna no había muerto. Cuando estuvo repuesta, estalló entre ellos una discusión interminable a través de la cual comenzaron a deslizarse, como imágenes de un filme antiguo, viejos y encendidos reproches. Ella reclamaba, por ejemplo, que en el año 48 él le había prohibido aceptar un trabajo extrahogareño y ella no había podido desafiar su autoridad. Había «sacrificado» su deseo en aras de la armonía conyugal. Esa era una de las muchas «facturas» que una tras otra habían ido acumulándose en los últimos cuarenta años. De ahí en adelante comenzó a desplegar una lista infinita de pequeñas y grandes situaciones en donde ella, mes a mes, año tras año, había ido desdibujando sus entusiasmos, apagando sus deseos y postergando sus ambiciones en aras de la armonía conyugal. De esa forma contribuía con lo que seguramente creía que era la forma correcta de ser esposa, cumpliendo un contrato social avalado por la cultura y sostenido por la costumbre. Durante más de cuarenta años fueron sucediéndose expectativas postergadas, deseos

> incumplidos, transacciones a pérdida, ambiciones truncadas, experiencias abortadas, desafíos inexistentes que habían sido rigurosamente registrados —y contabilizados— en la sección no explícita del contrato conyugal. Que es como decir, también, en los innumerables cajones ocultos de la vida cotidiana. Se trató de un cajoneo mayor que consistió en correrse del propio eje para ir acomodándose —paulatina e irreversiblemente— en la órbita que la condenaba, con el paso del tiempo, a circular como satélite de los proyectos individuales del cónyuge.

Propongo nominar este tipo de experiencia amorosa como «amor satelital». No es redundante recordar que una pareja es el encuentro de dos personas que desean estar juntas porque comparten proyectos y/o afinidades sociales, intelectuales, sexuales, afectivas, éticas o un montón de otras cosas que sería largo enumerar, porque cada pareja es única en sí misma. Resulta innegable que una pareja está compuesta por personas individuales con idiosincrasia y anhelos propios. No es cierto que una pareja sea un «solo individuo», ni mucho menos una naranja cuyas mitades representan a cada parte. Las diferencias están presentes en esa unión formada por individualidades, y estas diferencias enriquecen el conjunto cuando ambos están dispuestos a compartir con el otro en un equilibrio donde lo común y compartido no haga desaparecer lo propio e individual. Cuando un miembro de la pareja se instala como satélite del otro, se produce un grave corrimiento del propio eje. *Dicho corrimiento es el mayor cajoneo de todos, porque instala un amor satelital cuyos costos son demasiado onerosos para alcanzar una vida plena de amor compartido*.

Si bien es posible encontrar historias donde el amor satelital es encarnado tanto por mujeres como por varones, es significativamente mayor el peso que dicha modalidad tiene sobre las primeras. Son las mujeres quienes han sido fuertemente condicionadas por el entramado patriarcal (que durante siglos instaló al varón como eje de los proyectos comunes) a considerar el amor satelital como una de las expresiones más acabadas de amor femenino. Uno de los ejemplos legales más evidentes al respecto, lo

encontramos en el Código Civil argentino, que hasta hace pocos años, imponía a las mujeres, en el momento de su casamiento, «fijar residencia donde lo estableciera el marido», cosa que luego pasó a ser por consenso de ambos.

2. Cuando una mujer se resistió a «cajonearse»

La anécdota es la siguiente:

«*El viernes cumplo 25 años de casada y recuerdo el primer gesto de amor de mi marido. En esa época yo era estudiante de psicología y un día vino a casa con una gran caja. Cuando la abrí, la cara se me transformó porque me encontré con una máquina de coser. Volví a acomodar todo dentro de la caja y le dije "¡Llévate esto, no lo quiero, no lo voy a querer nunca y nunca voy a coser!". Mi madre decía: "Este muchacho no vuelve". Me di vuelta y le dije: "Si no vuelve, no vuelve, pero* esta soy yo". *Lo que siempre le agradecí al que entonces era mi novio fue que se la llevó sin protestar y completó su gesto de amor, porque se apareció con los tres tomos de Freud, que en esa época eran caros y para él era un sacrificio. Es el día de hay que paso por la biblioteca y me enternezco. El gesto de amor que yo valoro en él es que pudo entender que yo era quien era y no quien él hubiera deseado que yo fuera*».

Sobre esta anécdota nunca falta quien llegue a sostener que las resistencias de esta mujer para aceptar un regalo tan poco afín con ella eran producto de su espíritu caprichoso o inconformista. Sin embargo, una mirada menos prejuiciosa nos permite abordarlo de manera diferente y pensar que dichas resistencias pueden tener un origen muy distinto y responder a una necesidad profunda de autoafirmación, por lo menos en aquel aspecto de su personalidad sobre el que no tenía dudas. Esta mujer nunca se había imaginado cosiendo, ni se imaginaba que podría hacerlo en un futuro cercano.

El coser no formaba parte de sus proyectos laborales ni de entretenimiento. Y eso lo sabía fehacientemente. Pero también debía saber —aun cuando no lo tuviera demasiado presente en su conciencia— que de poco le servía el amor de un hombre que no pudiera aceptarla como era. Y no estaba dispuesta a engañarlo favoreciendo expectativas que nunca satisfaría, ni tampoco a engañarse diciéndose que, con un poco de esfuerzo, tal vez no le vendría mal aprender a coser ya que eso siempre es útil. Mucho menos estaba dispuesta a mentir abiertamente como otra mujer que ante esta misma anécdota comentó:

«Si a mí me hubiera pasado lo que a vos, hubiera mentido asquerosamente y hubiera dicho "Qué lindo regalo, déjala que mañana la uso" y luego me servía de ella para apoyar los libros».

En pocas palabras, esta mujer se resistió a cajonearse, es decir, a disimular ante otro para sostener una imagen acorde a las expectativas ajenas. También se resistió a someterse al mandato social de portarse como una niña educada —que queda bien y hace quedar bien— y adoptar una actitud complaciente que hubiera estado mucho más cerca de la hipocresía que de la tolerancia por un gusto no compartido. Es evidente que ella creía que el primer peldaño para ser amada era aceptarse a sí misma, sin esconderse ni disimularse bajo maquillajes engañosos y artificiales difíciles de mantener a perpetuidad.

Al respecto resulta muy elocuente el comentario de otra mujer:

«*Cuando para ser amada trato de ser como el otro quiere, lo único que consigo es alienarme en cada relación que tengo. Además es una pretensión absurda porque si yo no me acepto a mí misma como soy, ¿cómo puedo esperar que otro me acepte? Muchas veces me pregunto qué le pedimos al amor realmente. Creo que la aceptación de una misma"*.

3. La invisibilización de los costos

Me resisto a pensar que el cajoneo amoroso sea un deporte, es decir, una actividad gratificante, cuyo despliegue estimula y fortalece un desarrollo personal que alimente la propia autoestima. Dicho cajoneo pareciera estar emparentado con todo tipo de actividades simulatorias y encubridoras a las que suelen acompañar sentimientos vergonzantes que solo consiguen alimentar fragilidades de espíritu. Si comparten conmigo esta manera de pensar, también coincidirán en que este cajoneo presenta costos muy elevados que habitualmente no figuran en la contabilidad amorosa porque han sufrido un proceso de invisibilización. Por ejemplo, no son pocas las mujeres convencidas de que a ellas «no les cuesta nada» —en aras del amor— anteponer las necesidades ajenas, sostener y solventar los protagonismos de aquellos a quienes aman, postergar sus anhelos, negar sus ambiciones, ceder espacios, perder autonomía económica, etcétera. Son mujeres que crecieron condicionadas por una sociedad patriarcal que les ha hecho creer que la entrega incondicional de sí mismas les garantiza el amor, que el encuentro de «su otra mitad» les permitirá completarse, o que alcanzarán la plenitud cuando sean «descubiertas» (como la Bella Durmiente) y sepan satisfacer las necesidades y expectativas del enamorado. *Los costos de postergar, sostener, ceder, perder, etcétera, han sido naturalizados, es decir, fueron convertidos en «condiciones naturales femeninas»*, *que terminan resultando obvios para todo el mundo y, en consecuencia, invisibles*.

Al hablar de costos no me refiero a los económicos sino a todas aquellas inversiones humanas (afectivas, de tiempo, de espacios, asunción de responsabilidades, sostén afectivo, etcétera) que son asumidas unilateralmente por gran cantidad de mujeres con la creencia de que al hacerlo, responden al modelo de amor que corresponde a cualquier mujer que se precie de tal. Se trata de un modelo que concibe el amor de pareja a imagen y semejanza del amor maternal. Es decir, como una entrega incondicional, altruista y

abnegada. Estas condiciones, consideradas «tan maternales», han llegado a ser elevadas a la categoría de virtudes. De esta manera, engalanadas con los resplandores de la virtud, dichas condiciones terminaron siendo atribuidas casi con *status* biológico a la condición femenina. Este es uno de los mecanismos por el cual la incondicionalidad, el altruismo y la abnegación terminan siendo considerados como rasgos «naturales» de la feminidad. De esta forma se logra invisibilizar los costos de tantas entregas.

Resulta evidente que este modelo de amor maternal ha sido trasladado al vínculo de pareja. Y, una vez instalado como modelo de referencia, es utilizado para encubrir los costos insalubres de tal modelo. En pocas palabras, es utilizado para ocultar que el costo de la incondicionalidad es la autopostergación, el del altruismo es la ausencia de solidaridad[6] y el de la abnegación, el de la sobrecarga.

El ocultamiento de los costos es una de las contradicciones más fraudulentas del imaginario social porque no existe nada, absolutamente nada en la vida que deje de estar acompañado por su costo. Todos sabemos que los costos son inevitables porque la vida es un tránsito poblado de elecciones imposibles de evadir aunque a veces no seamos conscientes de ello. El camino recorrido en la vida es una evidencia de las elecciones que hicimos, para bien o para mal. Y cada una de nuestras opciones significó también la renuncia de otras posibilidades, de otros riesgos, de otros beneficios, de otras inquietudes, de otros azares, de otras aventuras, de otros confortes, de otras ilusiones, de otras conveniencias. En pocas palabras: de otros costos. Hagamos lo que hagamos y elijamos lo que elijamos no escapamos de los costos, por eso insisto en afirmar que, ya que los mismos son inevitables, el mejor negocio para la vida consiste en elegir el costo menos oneroso[7].

En síntesis: ninguna persona consciente de la realidad puede negar que en la vida todo tiene su costo; sin embargo, la naturalización que se ha hecho de las «entregas» femeninas conduce a que tanto mujeres como varones lleguen a negar semejante evidencia. Bajo el signo de la negación (que naturalizó

dichas «entregas») se instala el cajoneo amoroso. Es por ello que insisto en sostener que el ocultamiento de los costos es la clave de dicho cajoneo. Voy a cerrar este capítulo concluyendo provisoriamente que el cajoneo amoroso que tantas mujeres ponen en práctica resulta ser muy insalubre, porque en el afán de satisfacer expectativas ajenas se pierden a sí mismas y acumulan costos que finalmente las llevan a la quiebra de su autoestima. *Cajonear en el amor es invisibilizar los costos*.

2. Equivocaciones fatales

1. Hay algo equivocado…

No son pocas las mujeres que luego de haber convivido en pareja y después de una separación se preguntan sobre los equívocos en que incurrieron en aras del amor. Deseosas de nuevas experiencias que eviten los errores cometidos, reflexionan sobre el pasado de convivencia, y tampoco son pocas las sorpresas que deparan dichas reflexiones. Veamos algunos comentarios.

Primer comentario

«Me encontré pensando que tengo una tendencia a creer que querer a otro es estar pendiente de su cuidado, y me pongo a cuidarlo en exceso. Como consecuencia, pretendo que los demás hagan lo mismo conmigo. Me espanta darme cuenta de que ese es un modelo que yo misma promuevo. Yo me observo, cuando, por ejemplo, estoy tranquila mirando TV y llega uno de mis hijos, que ya son mayores. Tengo que hacer un enorme esfuerzo para mantenerme sentada y contenerme de ir a la cocina a calentarle la comida. Lo cierto es que ellos no me lo piden. Me doy cuenta de que aunque anhelo volver a formar una pareja, soy yo quien hace muy pesado para mí misma vivir con otro. Por eso me dan ganas de estar sola, porque es la única manera de no sobrecargarme. Esto me preocupa y considero que es muy grave porque implica que cuando estoy acompañada no puedo sostener mis deseos. Siento que tengo una gran capacidad de amar, pero en esa capacidad hay algo equivocado, porque pareciera que amar implica para mí dejar todo lo que me gusta de lado. Automáticamente, cuando estoy con alguien,

empiezo a preguntar "¿Necesitás esto, no querés aquello, tenés hambre?". Como si no tuviera incorporado un modelo de amor entre personas que se autoabastecen».

Segundo comentario

«Durante los años que estuve casada, me aguanté un montón de situaciones incómodas sin darme cuenta de que las aguantaba porque me parecían naturales. Compramos un coche que solo mi marido podía manejar, porque además de ser muy grande tenía un montón de complicaciones que solo él entendía. Aunque yo también necesitaba disponer de un vehículo para trasladarme, me automarginaba de manejar porque me parecía natural que lo usara solo él. Nunca se me ocurrió que podría haber propuesto que compráramos un coche que resultara cómodo para los dos. Ahora me da mucha rabia haber estado tan equivocada».

Tercer comentario

«¿Qué nos pasa a nosotras cuando estamos en pareja? Nos pasamos cuidando la armonía y a la pareja como a un niño más. ¡Algo hacemos mal!».

Cuarto comentario

En mis primeros tiempos de trabajo con los grupos de mujeres, en los inicios de la década del ochenta, una mujer cercana a los 70 años contó la siguiente anécdota: «*A mi marido le encanta comer espárragos, pero es muy exquisito y solo come las puntas. Entonces yo siempre los corto por la mitad, le sirvo las puntas a él y yo me como el resto*». Como es posible de imaginar, esta anécdota fue motivo de comentarios muy diversos dentro del grupo. Comentarios que iban desde la comprensión hasta el rechazo, pasando por la ironía. Pero lo más significativo no tiene que ver con los comentarios que se produjeron en el grupo sino con algo que sucedió tres años después. Fue cuando me la encontré por la calle casualmente. En esa oportunidad me saludó e inmediatamente me dijo: *«¿Sabes una cosa? Quedé viuda y ahora los espárragos me los como yo»*.

Resulta sorprendente comprobar que no es poco lo que pareciera haber de equivocado en la manera en que tantas mujeres llevan

adelante sus amores cuando los sostienen a expensas de sobrecargarse por cuidar en exceso a la pareja, por relegar los propios deseos al rincón más oscuro de las posibilidades, por automarginarse en necesidades muy concretas, por hacerse cargo unilateralmente de la armonía familiar o por colocarse en un lugar de servilismo complaciente como en el caso de la mujer de los espárragos. Es necesario tomar conciencia de que estos comportamientos tan insalubres no son producto de una actitud masoquista que encuentra placer en el sufrimiento. Más bien se trata de la dificultad para «darse cuenta» de que todas esas actitudes responden a un mandato social que ha naturalizado en las mujeres la sobrecarga, la autopostergación, el servilismo y un sinfín de otras subordinaciones. Son estas naturalizaciones las que están en el centro de tantos equívocos.

Si prestamos atención al primer comentario incluido al inicio de este capítulo, es posible darse cuenta de que la mujer que lo hizo, al verbalizarlo, tomó conciencia de que dicha *sobrecarga* estaba lejos de ser virtual, y ello descorrió un velo ante sus ojos. No solo le puso en evidencia que esa modalidad de cuidar «excesivamente» genera desgaste, sino también que dicho exceso la conducía irremediablemente a postergar los propios deseos en aras de estar satisfaciendo los deseos ajenos, incluso aquellos que no fueron demandados. Muchas veces se había preguntado acerca del porqué de sus temores a volver a rehacer una pareja con quien convivir. Las explicaciones que se daba a sí misma eran complejas y sofisticadas pero resultaban insatisfactorias para entender su situación, que consistía en temer la compañía de una pareja cuando era lo que tanto ansiaba. El temor estaba centrado en que amar a otro significaba para ella dejar de lado mucho de lo que le gustaba, así como también acomodarse a los deseos ajenos sin darse cuenta de que lo hacía y terminar relegándose a sí misma. En consecuencia, cualquier pareja la condenaba a la autopostergación. De esta manera, terminaba cayendo en una situación sin salida —toda una

paradoja— que consistía en condenarse a la soledad cuando su mayor anhelo era estar acompañada.

En esta aparente paradoja, efectivamente, *hay algo equivocado*. Pero el equívoco no proviene de una incorrecta percepción de la realidad sino de un fenómeno que en nuestra sociedad adquiere visos de siniestro. Me refiero al fenómeno por medio del cual muchas mujeres *«naturalizan»* la sobrecarga que supone estar pendiente de los deseos ajenos. Es decir, la encuentran «obvia» y consideran que dicha sobrecarga es propia de la condición femenina, porque llegaron a creer que forma parte de su naturaleza biológica. La naturalización de la sobrecarga hace que esta se vuelva invisible para las propias mujeres, que terminan considerando «natural» satisfacer en primer lugar los deseos ajenos y poco legítimo priorizar los propios cuando estos entran en competencia con aquellos.

2. El «*soft* maternal»

¿Dónde se originan para tantas mujeres semejantes equívocos? ¿Cómo llegaron a identificar el amor con el cuidado excesivo? ¿Cómo desarmar las naturalizaciones que amarran el amor femenino al muelle de la dependencia, el servilismo y la autopostergación? Voy a intentar desenredar esta compleja trama anticipando la hipótesis desarrollada en el capítulo 7, donde planteo que *el modelo de amor que tantas mujeres aplican a la hora de intentar una relación adulta, es reflejo y continuidad de otro modelo de amor profundamente arraigado en la condición femenina, que es el modelo de amor materno filial*. Este modelo forma parte de un mandato social y además resulta reforzado por las prácticas de crianza, cuando estas son asumidas unilateralmente por las mujeres. Es justamente durante el proceso de crianza cuando se va produciendo una identificación que une el amor con los cuidados.

Veamos a qué me refiero. Sabemos que los niños para sobrevivir requieren cuidados. Sin la atención adecuada su devenir humano

corre serios riesgos. Sin alimento los niños no crecen, sin afecto no maduran, sin lenguaje no se comunican. Todas estas funciones que deben ser cubiertas para que la humanidad sobreviva han sido desempeñadas por los diversos grupos humanos, desde tiempos inmemoriales, de muy diversas maneras. En algunas comunidades, el cuidado infantil es responsabilidad de un grupo de personas, y en esos casos son muchos los que se ocupan de cuidar a los niños de la comunidad. En otras, el cuidado de los niños ha sido adjudicado en exclusividad a las mujeres, como si dicho cuidado fuera una continuación «natural» de la tarea biológica de gestar, parir y amamantar. En estos casos, las mujeres terminan instalándose en el género femenino con un «programa» predeterminado socialmente según un modelo maternal que se caracteriza por ser incondicional, altruista y abnegado. Dicho programa no viene incluido en el ADN como herencia biológica sino que ha sido confeccionado culturalmente. Se trata de un «*soft* maternal», equivalente a los *softs* informáticos que garantizan el funcionamiento de las computadoras.

Pertrechadas de esta manera, las mujeres cuidan los retoños humanos con dedicación y esmero, sintiéndose las máximas responsables de sus necesidades. Envueltas en esta responsabilidad, quedan pendientes de una serie casi interminable de funciones, sintiendo que si ellas no satisfacen las necesidades del niño, ¿quién lo hará? Si ellas no lo cuidan, ¿quién lo cuidará? Si ellas no le prestan su yo para desarrollar la conciencia de sí mismo, ¿quién lo hará? Si no le adivinan sus demandas, ¿cómo las expresará? Si no posponen la atención sobre sí mismas, ¿cómo podrán atenderlo? Si ellas no protegen su vulnerabilidad, ¿cómo sobrevivirá? Si no alimentan su autoestima, ¿como construirá la propia? Si no devuelven sus miradas, ¿cómo llegará a reconocerse a sí mismo? De esta manera, las preocupaciones por la crianza se van entrelazando irremediablemente con los sentimientos amorosos. El amor y los cuidados terminan siendo una misma cosa, tanto que el amor termina expresándose a través de los cuidados y los cuidados

adoptan las formas del amor. Ambos se funden, y de tanto fundirse, se confunden.

Hasta aquí, resulta totalmente comprensible que cuidar bien a los niños represente la mejor forma de amarlos. Lo que no resulta comprensible es que dichos cuidados se extiendan mucho más allá de las fronteras infantiles y abarquen a cualquier adulto merecedor de amor. Es decir, tenemos que pensar que *hay algo equivocado* cuando cuidamos a los adultos como si fueran niños, como si hubiera que protegerlos de las vulnerabilidades a que están expuestos los infantes.

Creo comprender que, en gran medida, el punto clave reside en que existe una total falta de conciencia acerca de que el «*soft* maternal», impregna al género femenino y termina haciendo de las mujeres madres vitalicias al servicio de cuanto ser humano despierte sus buenos sentimientos. En consecuencia, dicho *soft* es el responsable de que no pocas mujeres tengan una concepción del amor ligada a la atención exagerada, la cual ponen en práctica con toda diligencia ante sus parejas amorosas de la vida adulta. En pocas palabras, muchas mujeres se vinculan amorosamente con sus parejas como con los niños: los cuidan en exceso, están pendientes de sus necesidades, y privilegian sus deseos. Lo cual es una manera de decir que se convierten en madres de sus amantes. Atenderlos en exceso, estar dispuestas a satisfacer sus requerimientos, considerar como «natural» la dedicación exclusiva y excluyente al ser amado y vivir como «obvia» la sobrecarga que necesariamente implica el cuidado y atención de otro adulto que es capaz de valerse por sí mismo, es una manera de perpetuar una maternidad equivocada, en el lugar equivocado y con la persona equivocada. Como es de esperar ante tanta diligencia, cuando las mujeres se colocan en posición de madres terminan, por supuesto, siendo reclamadas como tales. Otra manera de decirlo es que pierden la oportunidad de instalarse frente a sus parejas en un vínculo de pares, ya que el modelo de amor materno filial es, necesariamente, un modelo de dependencia entre una parte que abastece, cuida, orienta, estimula,

y otra que requiere ser cuidada, abastecida, estimulada, etcétera. Es aquí donde adquiere pleno significado lo que reflexionaba una de las mujeres a las que hice referencia al inicio del capítulo cuando decía: *«Como si no tuviera incorporado un modelo de amor entre personas que se autoabastecen»*.

Resulta evidente que no son pocas las mujeres que siguen convencidas de que sus parejas son «niños grandes» a los que hay que seguir cuidando. Conviene tener presente que para las mujeres no es necesario haber pasado por la experiencia biológica de la maternidad para instalarse «maternalmente» en los vínculos entre adultos ya que, como decía, el «*soft* maternal» es un programa social predeterminado que se adhiere automáticamente al género mujer, incluso desde antes del momento de su nacimiento.

Esta actitud protectora abarca un espectro tan amplio como la vida misma. Al respecto resulta interesante traer la referencia de una investigación realizada en la Argentina que demostró que en aquellas parejas con dificultades para procrear, donde la infertilidad es un obstáculo del marido, el 84 % de las mujeres prefieren no hablar del tema con ellos por temor a herirlos y el 81 % no toca el tema con su familia para proteger la imagen masculina de su esposo. La investigadora sostiene que reconocer la infertilidad del varón implica, desde el punto de vista cultural, pensar que es menos potente sexualmente[8].

Esta actitud, excesivamente protectora, que sin ninguna duda resulta equivocada, aparece reflejada de manera patética e impactante en la anécdota de los espárragos. La sumisión inconsciente a un modelo de relación que convierte al ser amado en una especie de rey al que hay que satisfacer a costa de cualquier renunciamiento, instala a quien así lo hace en un lugar de súbdito, con su correspondiente actitud de servicio. Así, cuando el modelo de amor maternal se traslada a las relaciones entre adultos, se instala algo parecido a una monarquía virtual. Durante más de cuarenta años de convivencia esta mujer se privó de comer la parte privilegiada de los espárragos, renunciando a la mitad de la ración

que le correspondía como integrante de una pareja de adultos. También durante más de cuarenta años, el marido se consideró con derecho a beneficiarse de los privilegios de acaparar para sí lo más sabroso de la comida, mientras ella también se consideró con la obligación de satisfacerlo a expensas de sí misma. La naturalización de los privilegios masculinos y de los servilismos femeninos fueron el soporte en el que transcurrió esta relación entre adultos —supuestamente amorosa— signada por la jerarquía. Solo la muerte de quien había sido instalado en el lugar de rey le posibilitó a quien había tolerado funcionar como súbdita acceder al privilegio de comer la punta de los espárragos.

De manera similar, encontramos una versión actualizada de la jerarquía naturalizada en el interior de la pareja —a pesar de tantos y supuestamente evidentes «avances» femeninos— en la anécdota de la mujer joven que, en los tiempos actuales, aceptó comprar junto con su pareja un coche que ella no podía manejar y que además pagó con su propio dinero para cubrir un gasto que él no podía afrontar solo. Como es posible comprobar, en el reino de este mundo el ingenio femenino no tiene límites cuando se trata de proteger.

En síntesis: hemos partido de la idea de que *«hay algo equivocado»* en la manera de amar de aquellas mujeres que se colocan frente a la pareja en una posición «protectora» que las lleva a estar pendientes de todas sus necesidades, a tal punto que les resulta muy difícil sostener los propios deseos, cuando ello significa dejar de satisfacer al otro. Estoy convencida de que, efectivamente, «*hay algo equivocado*». Parte de este equívoco consiste en sostener el modelo de amor asignado al género mujer —que es el modelo del amor maternal, incondicional, altruista y abnegado— como el único modelo posible y «natural» para la feminidad. Hay mucho de equivocado, y sobre todo mucho de intencionalidad cultural encubierta en hacer del amor maternal una dedicación indiscriminada y vitalicia intrínseca al género femenino.

Antes de cerrar provisoriamente el tema, considero muy importante incluir una breve reflexión respecto de los varones. Siempre he sostenido que lo que afecta a la mitad de la humanidad, necesariamente afecta también a la otra mitad. En ese sentido, deseo señalar que la complicidad con que los varones aceptan instalarse, dentro de las parejas, en la posición infantil que promueven los comportamientos «maternales» femeninos les ocasionan a ellos también altísimos costos. Muchos de esos varones, prisioneros de sus añoranzas infantiles, perpetúan con sus parejas los vínculos de dependencia con la madre. De esta manera terminan atrapados en una relación que los empobrece. Los supuestos beneficios de ser tratados como hijos, con el correr del tiempo, se convierten en privilegios que deterioran los lazos amorosos en la pareja. Los varones que aceptan la propuesta social de ser tratados por las mujeres como si estas fueran sus «madres vitalicias» contribuyen a hacer del amor de pareja una mala réplica del vínculo infantil. Dicho amor tiene poco espacio para crecer y termina pareciéndose a los bonsái, plantas en miniatura, cuidadas en exceso, que aunque adquieren formas adultas ocupan solo una maceta. Concluimos, entonces, que el problema de sostener el modelo de «amor maternal» como modelo «femenino» por excelencia, es un problema que atañe tanto a mujeres como a varones, porque, en primera y última instancia el amor lo construimos entre todos. Es así como las equivocaciones de unas, cuando son aceptadas por los otros, son equivocaciones de ambos.

3. La aritmética del amor… o el mito de la media naranja

1. Cuando uno más uno es igual a uno

La tan frecuente idea de que en el amor para ser feliz es necesario hallar «la otra mitad», con la cual estaríamos completos y plenos, se remonta al mito platónico, puesto en boca de Aristófanes en *El Banquete*. Según este mito, en un pretérito origen eran tres los sexos de los seres humanos. Uno femenino, otro masculino y un tercero andrógino que participaba de ambos sexos. Estos seres eran esféricos, tenían cuatro brazos, cuatro piernas y dos rostros sobre un cuello circular. Eran terribles por su fuerza y vigor. Eran muy arrogantes y atentaron contra los dioses. Como castigo fueron condenados a ser seccionados por la mitad, cuidando bien que, al serlo, su rostro girara en dirección del corte para que al contemplar su seccionamiento se volvieran moderados.

> Así pues una vez que la naturaleza de este ser quedó cortada en dos, cada parte echaba de menos a su mitad y se reunía con ella, se rodeaban con sus brazos, se abrazaban la una a la otra, anhelando ser una sola naturaleza y morían por hambre, por su absoluta inactividad, al no querer hacer nada los unos separados de los otros […] desde hace tanto tiempo, pues, es el amor de unos a otros innato en los seres humanos y aglutinador de la antigua naturaleza que trata de hacer un solo individuo de dos […] cada uno de nosotros es, por lo tanto, una contraseña de otro, al haber quedado seccionados […] por eso busca continuamente cada uno su propia contraseña […] en consecuencia, el anhelo y la persecución de ese todo recibe el nombre de amor […] nuestra raza

> solo podría llegar a ser feliz si lleváramos a su culminación el amor y cada uno encontrara a su propio amado, retornando a su antigua naturaleza[9].

Como es posible comprobar, el concepto de amor entendido como búsqueda de la «otra mitad» no es una invención reciente, y el lenguaje popular da cuenta de su buena salud con la metáfora de «la media naranja». Sin pretender analizar el mito platónico (que por cierto es complejo y profundamente enriquecedor desde una perspectiva filosófica), podría decir —entre otras cosas— que el amor está presentado allí como un sentimiento profundo de encuentro consigo mismo, cuya culminación es recuperar los aspectos que nos fueron amputados y, de esa manera, recuperar nuestra propia y completa identidad. Es decir, poder ser todo lo que somos y lo más plenamente posible.

La metáfora de la media naranja —imagen ingenua y muy simplificada del mito— intenta transmitir esa búsqueda de la unidad perdida pero, a mi criterio, adolece de graves defectos cuando con ella se pretende representar el encuentro amoroso de la pareja. Uno de esos defectos es suponer que ambas mitades son idénticas, lo cual puede ser relativamente cierto para la naranja pero no para los integrantes de la pareja. Otro defecto consiste en sugerir que solo la unión de dichas mitades completa la unidad, lo cual es cierto para la naranja pero de ninguna manera para la pareja, que no es una unidad en sí misma sino el encuentro multifacético de dos unidades. Cuando esta metáfora es utilizada para representar el vínculo amoroso en una pareja termina promoviendo una idea muy particular de concebir dicho amor, que resulta, a mi juicio, en exceso perturbadora y por demás insalubre. Lo que en aritmética es indiscutible —que uno más uno es dos— en el terreno del amor se convierte (no azarosamente) en una ecuación errónea que acarrea no pocos sinsabores y muchos obstáculos. En pocas palabras, según este mito, y naranja de por medio, uno más uno termina resultando uno, lo cual es un grave error, no solo aritmético. Reflexionando sobre el tema, una mujer comentaba: *«El amor es lo que te hace*

sentir uno con el otro, pero no debemos confundir eso de sentirse junto con otro a "fundirse" con el otro, y terminar confundiéndose con el otro».

2. Insalubridades del «error aritmético»

Este error aritmético no es inocuo, y resulta llamativo comprobar que es asimilado mayoritariamente por mujeres quienes, en nombre del amor, suelen llevar adelante una especie de militancia del «dos por uno». Con ello intentan conseguir a cualquier costo esa tan promocionada unidad que las coloca, con frecuencia, en situaciones muy poco saludables. En pos de la misma a menudo se autoimponen forzamientos que las llevan a someterse al deseo del otro, o por el contrario, como reacción, tratan de imponer su propio deseo con las mejores intenciones de sostener una unidad ficticia que se resiste a reconocer la diversidad de sus miembros. En ambos casos la espontaneidad (y con ella el placer qué da la libertad de ser como cada quien es) suele sufrir grandes deterioros. Bajo la idea de que «una pareja que se ama bien son una sola cosa», muchas mujeres se autoexigen incondicionalidades y, al mismo tiempo, también las exigen, convirtiendo al vínculo amoroso en una demanda asfixiante.

Una mujer comentaba:

«¡Qué idea esa de pretender ser todo para él y que él sea TODO para mí! Me llevó tanto tiempo comprender que podía disfrutar lo que era disfrutable con él y no exigirle lo que él no podía, o no estaba en su personalidad darme. El problema grande era que me encontraba reclamándole siempre, lo cual me hacía mal. Finalmente me di cuenta de que reclamaba porque evidentemente yo tenía insatisfacciones y le pedía a él algo que yo no podía darme a mí misma. Con mi pareja me llevo bien y disfruto mucho, pero cuando quiero hablar de filosofía, pues me voy a hablar de filosofía con otra persona».

Esta convicción con la que se pretende ser «todo para el otro» encubre una manera sofisticada de autoritarismo, que en ocasiones adopta una forma aparentemente inversa. El siguiente comentario es un ejemplo —por demás frecuente— de esta pretensión engañosa:

«Me doy cuenta de que durante mucho tiempo me autoengañé porque me decía "yo lo tomo como viene y después veremos", pero en realidad, ese "después veremos" quería decir "lo voy a ir cambiando de a poquito"».

La panacea que supone la «unidad absoluta en el amor» genera una situación forzada y de gran exigencia, sobre todo para las mujeres, que terminan convirtiendo al ser amado en el único responsable de la propia plenitud y, al mismo tiempo, se erigen en la única y exclusiva plenitud para el otro. Ser «todo para el otro» trae reminiscencias del vínculo materno filial en el período en el que el recién nacido necesita tanto de quien lo cuida que dicho cuidador (generalmente una mujer) se convierte en «todo para él». Con esto quiero decir que, muy a menudo, las mujeres aplican un mismo modelo amoroso, trasladando al vínculo de pareja muchas de las modalidades que se ejercitan en el trato con los niños. Se consideran «únicas» para sus parejas como creen serlo para sus hijos (y a veces lo son cuando asumen unilateralmente la responsabilidad de su cuidado) y, al mismo tiempo, hacen de dichas parejas la fuente exclusiva de amor, como también lo hacen a menudo de sus hijos.

3. Condicionamientos del género mujer: el eje único

No es casual que sean las mujeres quienes más quedan aprisionadas en la búsqueda de un amor que las «complete», que les provea plenitud, que les dé sentido a sus vidas y que les garantice la felicidad. Desde épocas remotas han estado marginadas de una enorme cantidad de actividades y en consecuencia también privadas

de una enorme cantidad de fuentes diversas de satisfacción. Reducidas al ámbito doméstico y a los vínculos inmediatos, el amor y los afectos cargan con el enorme peso de brindar satisfacción por todo de lo que han sido privadas. De esta manera, el amor de pareja suele ocupar para una gran mayoría de mujeres el eje central de satisfacción, llegando incluso a ser considerado por ellas mismas como la fuente «natural» de satisfacción femenina.

Sin negar que los varones también están necesitados de amar y ser amados, es necesario reconocer que han contado desde siempre con múltiples fuentes de satisfacción por la participación en las más diversas actividades humanas del ámbito público. Ya desde Homero, el amor de Paris por Helena coloca a los varones en posición de disfrutar del amor tanto como de las competencias guerreras. Ulises no solo ama a Penélope, Circe y cuantas mujeres y diosas cruzaban su camino, sino que también lucía sus habilidades frente a enemigos colosales, pudiendo satisfacer su autoestima con cada triunfo. Esos héroes de la mitología y la historia pasada han funcionado —y siguen funcionando— como modelos masculinos avalados por la cultura para no pocos varones de nuestra historia presente. En consecuencia, el amor no suele ser para los varones la única fuente de satisfacciones ni tampoco el lugar reconocido socialmente como de dominio masculino. En cambio, para la gran mayoría femenina, el amor no solo llega a convertirse en el casi único recurso de satisfacción posible (que adquiere una ilusoria connotación de panacea) sino también en un mandato social con características definitorias de la identidad, como bien lo deja asentado el bolero que dice «una mujer que al amor no se asoma no merece llamarse mujer».

Desde esta perspectiva, resulta muy comprensible que, siendo el amor el espacio permitido —y asignado— para las mujeres, muchas de ellas terminen focalizando allí el tan humano anhelo de plenitud. Es así entonces como, cargando con la exclusividad de semejante responsabilidad, *el amor es exigido a responder por mucho más de lo que realmente puede proveer y termina siendo enarbolado por*

muchas mujeres como la única fuente de satisfacciones y realización personal.

Así las cosas, no son pocas las mujeres para quienes el amor se convierte en una búsqueda desesperada, para lo cual están dispuestas a acomodarse incondicionalmente al eje de aquel que surge como depositario del tan anhelado amor. Por ejemplo, ciertas mujeres jóvenes y solteras que toleran vínculos con hombres casados durante años, lamentándose por la imposibilidad de formar una familia mientras su enamorado sigue haciendo hijos con su esposa. O mujeres que aceptan las propuestas masculinas de mantener un vínculo amoroso «libre», que termina siendo unilateral porque significa tolerar las relaciones amorosas de su amado con otras mujeres, mientras siguen prisioneras de lo que para ellas es «su único y verdadero amor».

La idea acerca de que el «verdadero amor» consiste en «fundirse uno con el otro» aparece mucho más en el imaginario femenino que en el masculino. Esta particular concepción del amor, que sugiere que los miembros de una pareja deberían coincidir en todo, atenta contra la existencia de lo que cada uno tiene de propio y propicia la idea de que el amor es una fusión de dos que, en tanto fusión, giran alrededor de un eje único. Es justamente en este punto —en sostener la existencia de un eje único que generalmente responde a las necesidades y deseos masculinos— donde más ejercen su influencia los condicionamientos de género; es decir, donde más se pueden apreciar las diversas formas de subordinación femenina promovidas y legitimadas por los roles sociales asignados a las mujeres.

Estas asignaciones adoptan diversas formas y podemos encontrarlas en los distintos órdenes de la sociedad. Como he señalado anteriormente, por ejemplo en el Código Civil argentino, hasta hace poco tiempo las mujeres estaban obligadas «por ley» a vivir donde el marido fijara la residencia. También es posible comprobar que en no pocos países del llamado Primer Mundo son las mujeres quienes deben desprenderse de su apellido (y a veces

también de su nombre) como consecuencia de haberse casado. Asimismo, las normas sociales no escritas pero ampliamente difundidas y acatadas coloca a las mujeres en situación de postergar sus estudios o desarrollos laborales para hacerse cargo unilateralmente de los hijos en común, haciendo posible la capacitación y promoción laboral de sus maridos. Como si esto fuera poco, la sexuación del dinero, que sigue estando presente en todas las culturas occidentales judeo-cristianas, mantiene a las mujeres marginadas del poder económico[10].

En síntesis, cuando los roles sociales asignados a las mujeres las ubican en el lugar de la Bella Durmiente «que espera al príncipe para que la despierte a la vida», se va construyendo un mandato social que imperceptiblemente legitima un eje alrededor del cual debe girar la pareja socialmente aceptada. Ese eje es el que coincide con las necesidades de satisfacción y desarrollo masculinos.

Los condicionamientos de género (tanto femeninos como masculinos) contribuyen decididamente a que el eje en común no sea el resultado de un consenso que respete y promueva las necesidades de ambos. En estas condiciones sucede que cuando el amor se acaba, las mujeres no solo pierden la relación amorosa sino también el eje en el que centraron sus vidas. En ese momento, todo tiembla bajo sus pies porque al perder el eje (que habían considerado propio pero que solo era una posesión en préstamo) pierden también el apoyo en el que depositaron sus ilusiones y su devenir. Con frecuencia caen bajo un síndrome muy particular al que denominaré «vaciamiento afectivo», por el cual no solo se sienten abandonadas sino también despojadas de sus capacidades para amar. La vida se convierte en un páramo en el que creen transitar como un paria sin nimbo. Por el contrario, cuando los varones pierden el amor suelen seguir contando con el sustento que consolida su propia identidad y siguen estando en condiciones de buscar nuevos amores donde seguir honrando a la vida. Algunos comentarios femeninos dan cuenta de esta complejísima situación.

«Pareciera que no sabemos amar de otra manera que quedar cristalizadas cuando encontramos el amor, y entonces resulta terrible sentir que la vida se acaba cuando se acaba el amor».

«*Yo entiendo y adhiero a la idea de que sentirse completa pasa por una misma, de saber encontrar la riqueza que tenemos como ser humano, el amor a los hijos, a los amigos, de estar bien con una misma, de saber qué cosas a una le gustan en el trabajo, en los placeres, ya que yo estoy convencida que no es el otro el que te completa. El otro va y viene*. El eje es una. *Sin embargo, me doy cuenta de que me cuesta horrores llevar a la práctica esto que pienso y creo, porque no puedo evitar sentir que mi vida gira alrededor del varón y me quedo boqueando cuando uno me da la espalda. Por no poder realmente considerar que el eje de mi vida pasa por mí, me quedo perdida cuando sucede algo así*».

Estos comentarios ponen en relieve algunas de las secuelas que dejan tras de sí los condicionamientos de género sintetizados en el mito de la media naranja, con su inevitable «eje único».

Intentaré finalizar provisoriamente este tema sintetizando algunas de las consecuencias insalubres que promueve en las mujeres esta manera de concebir el amor de pareja, así como también sugiriendo algún sendero alternativo que ofrezca posibilidades de cambio.

En relación con las consecuencias, deseo señalar que cuando una persona se coloca como satélite de un eje ajeno contribuye a generar en sí misma una de las formas más contundentes de autodescalificación, lo cual, lejos de alimentar la autoestima, promueve fisuras en la base misma de sustentación del yo. En estas condiciones no son pocas las mujeres que despliegan su vida en un «como si». «Como si» fueran respetadas, «como si» se sintieran reconocidas, «como si» estuvieran a la par de sus parejas en la vida que van construyendo en conjunto. Este «como si» va instalando automáticamente una situación de enorme vulnerabilidad. De este modo, resulta casi inevitable que las dependencias afectivas que naturalmente se generan a partir de los vínculos amorosos (y que en

sí mismas no son insalubres) adquieran una dimensión exagerada que abre puertas por donde se filtran los más diversos fantasmas. A esto podemos agregar que el mito de la media naranja, instalado en la raíz de los condicionamientos de género, promueve en muchas mujeres una creencia profundamente insalubre. La misma consiste en creer que la capacidad para experimentar el amor depende exclusivamente de la otra «media naranja», con lo cual la posibilidad de perderla se convierte en una tragedia. De hecho, no es infrecuente escuchar relatos de mujeres que llegan al suicidio por un desengaño amoroso o que se sienten caer en un pozo de soledad insuperable. Una mujer comentaba:

«Para el que se cuelga de otro, la soledad es terrorífica, porque pierde la base de sustento. La cosa es estar con el otro desde una, no estar con el otro desde el centro del otro».

Y otra agregaba:

«El amor es una experiencia que se vive con otro, pero no es "el otro" el responsable de nuestro amor».

Cerraré este capítulo con una sugerencia que deseo permita abrir posibilidades para «zafar» del insalubre mito de la media naranja. Dicha sugerencia es una propuesta que lleva implícito el trabajo de construir otra concepción del amor de pareja, que no es ni más ni menos que redefinir el lugar desde donde una mujer se instala en el intercambio amoroso. Para ello es necesario modificar ciertas actitudes, entre las cuales voy a señalar dos que me parecen fundamentales.

La *primera* consiste en estar dispuesta a instalarse como pilar de sí misma y dejar de suponer —prejuiciosamente— que el único punto verdadero de sustentación reside en el otro. Asumirse como pilar de sí misma no significa renunciar a la compañía de una pareja, ni tampoco dejar de recibir el alivio que un amor solidario puede ofrecer. Significa, simplemente, asumir que para estar con otro plenamente, primero es necesario ser capaz de estar consigo misma, reconocer y dar crédito a las propias capacidades al mismo tiempo

que tolerar y aceptar las propias vulnerabilidades. Una mujer comentaba:

«Yo *siempre tengo la idea de dos pilares. Si cada persona se sostiene a sí misma son como dos pilares que aman, y el amor de dos puede sostener una losa. Pero si una columna se apoya, en la otra, ¡se va todo al diablo! Y sobre eso no se puede construir nada. Si las dos columnas se autosostienen, con ellas se puede construir lo que quieras. Si no, el peso de una indefectiblemente tira a la otra*».

La *segunda* actitud consiste en aceptar que todos los seres humanos somos intrínsecamente solos, lo cual no nos impide compartir dicha soledad ni tampoco disfrutar con la compañía propia y del otro. Me parece haber comprendido que la insistencia en negar dicha soledad promueve una actitud de escape permanente con la que se busca una protección que siempre está en «otro lado». Esta actitud de escape conduce a menudo a escapar de sí mismo, dejando en el camino mucho de lo que se tiene de propio. Como lo expresaron algunas mujeres de los grupos de reflexión: dejando en el camino la propia «*mismidad*». Algunos comentarios son elocuentes al respecto:

«*Siempre somos uno, los demás entran y salen de nuestra vida pero siempre somos uno. Esa es nuestra* mismidad».

«*El número dos tiene el atractivo de que es compañía. El número uno no la tiene. Nosotras perdemos el rumbo cuando quedamos en el dos sin volver al uno. Ahí perdemos la* mismidad».

«No hay que estar como las dos tapas de la naranja, fusionados. Antes me quedaba pegada al ser amado aunque desde la lógica me daba cuenta de que eso estaba mal, porque lo cierto es que el otro te ama mientras te ama y cuando no, se corta el vínculo. Una pretende garantías inviables. En mi experiencia, he arruinado muchos vínculos con esa pretensión».

En síntesis: el mito de la media naranja es un mito entrampante, que lejos de consolidar los vínculos amorosos siembra los terrenos del desamor. Sería muy saludable que la aritmética del amor rescatara las unidades implícitas en su seno.

4. Maldades femeninas

1. «Me siento muy mala»

Se habló mucho —y equivocadamente— sobre supuestas e incontables maldades femeninas, haciendo de las mismas casi una condición genética. Pero muy poco es lo que se ha investigado para poner en evidencia cuánto de dichas supuestas maldades son en realidad una construcción social al servicio de mantener a las mujeres prisioneras de culpas inexistentes. Intentaré incursionar en este terreno recurriendo a tres comentarios que son muy elocuentes al respecto.

Primer comentario

«Me pasó como a muchas de esas esposas que cuando empiezan a trabajar se sorprenden de su capacidad de producción. Desde el inicio fui logrando reconocimiento profesional y empecé a ganar dinero y a juntarlo. Con mi marido habíamos decidido organizar nuestra economía dividiendo por la mitad todos los gastos. Cada uno ponía el 50 % del dinero, y lo que me sobraba decidí juntarlo sin decírselo a mi marido. Escondía el dinero detrás de las cajas de zapatos. Un día se me ocurrió contar cuánto tenía y me asusté mucho porque el monto era muy grande. Me sentía culpable de haberlo escondido y, al mismo tiempo, sorprendida por mi capacidad para generarlo. No sabía cómo blanquearlo, como si se tratara de un dinero mal habido. En realidad era totalmente legítimo porque se trataba del excedente que quedaba después de aportar el 50 % del dinero para mantener a la familia, además de aportar también tiempo y dedicación, cosa que mi marido no hacía. Me doy cuenta

de que yo juntaba el dinero porque intuía que si llegaba a suceder una separación mi marido no iba a ser generoso conmigo. Pero fue tanta la sensación de maldad que me producía mantenerlo oculto que lo declaré y "confesé" que había ahorrado ese dinero. Creí que él me iba a incriminar pero en lugar de eso se puso contentísimo y enseguida propuso usar ese dinero para cambiar su auto por uno mucho más caro. Yo insistí en que lo guardáramos como reserva para la familia porque me había costado mucho juntarlo, pero luego de muchas discusiones él logró extraer de allí una parte para el coche y el resto lo pusimos en una caja de seguridad en el banco. Cuando se produjo la separación, me impidió la entrada al banco y yo no supe defenderme».

Aprovecharé esta primera anécdota para incursionar no solo en el sinuoso y resbaladizo terreno de las culpabilidades femeninas, sino también para analizar el impacto diferente que una misma situación genera en mujeres y varones. Respecto de esto último es posible observar que cuando son ellos quienes ganan dinero y cuentan con sobrantes, suelen disponer con naturalidad de los mismos sintiéndose con pleno derecho y sin malestares por hacerlo. No me refiero a los varones autoritarios y malintencionados para quienes resulta natural el manejo arbitrario de los recursos económicos, sino a aquellos otros que se consideran democráticos, que se dicen a sí mismos «modernos» y creen compartir una pareja solidaria y equitativa. Son estos los casos que resulta interesante analizar.

En cierta ocasión, en un taller de reflexión de varones, uno de ellos contó que juntaba el dinero sobrante sin participarle a su esposa y que también llegó a sorprenderse del monto acumulado. La manera de «blanquearlo» fue aparecerse en la casa como un Papá Noel fuera de fecha con regalos importantes para toda la familia, pero no logró evitar el enojo de su mujer que le reprochó que asumiera unilateralmente actitudes que la marginaban, no solo de la decisión de cómo invertir el dinero sino también del rol «benefactor» con el que se lucía. Este varón —que podría estar ubicado en el «segundo grupo» de la clasificación un tanto humorística (pero real)

que hice de los varones en mi libro *Los laberintos del éxito*[11]—sostenía que en ningún momento se sintió «malo» sino simplemente preocupado por la reacción que podría tener su mujer y por darse cuenta de que el motivo profundo de dicho encubrimiento era usufructuar del poder que le daba la disponibilidad del dinero.

Es interesante señalar que, aunque las anécdotas a las que acabo de hacer referencia son similares, ya que tanto el varón como la mujer hacían acopio del dinero sobrante a escondidas del cónyuge respectivo, las vivencias asociadas a dichas situaciones son sin embargo muy distintas. Mientras el varón vivía el ocultamiento del dinero a lo sumo como una «travesura» que podía costarle una reprimenda, la mujer lo vivía como una «maldad» que la abrumaba y le generaba sentimientos de culpa. La magnitud de cada una de esas vivencias resulta ser sustancialmente diferente, y ello es comprensible si pensamos que en nuestra sociedad no es lo mismo una travesura que una maldad. Las travesuras están asociadas con picardías infantiles, producto de una actividad lúdica que en sí misma no es malintencionada y, por lo tanto, merece y obtiene la condescendencia de los adultos. La maldad, muy por el contrario, está considerada como origen de muchos sufrimientos y no merece perdón ni condescendencia. Pero si bien es cierto que las diferencias en los sentimientos de culpabilidad están directamente relacionadas con las diferencias que existen entre una picardía y una maldad, resulta insuficiente para esclarecer el hecho de que muchas mujeres vivan como maldad culposa lo que los varones solo perciben como travesura intrascendente. Los motivos profundos que entrampan a tantas mujeres en las redes de la culpabilidad tenemos que buscarlos en las vivencias de transgresión que padecen cuando contradicen mandatos o se rebelan abiertamente.

Para comprender esto es necesario hacer una pequeña digresión que consiste en recordar que *la transgresión social* (como todo el mundo sabe, y si no lo sabe es hora de que se entere) *también está sexuada*. Sabemos que transgredir es ir más allá de los límites dentro de los cuales cada grupo social circunscribe su moral

«oficial»; es por ello que quienes transgreden las reglas de comportamiento aceptadas no tienen otra alternativa que convertirse en vanguardistas o en marginales. La diferencia no es inocua. Podría decir muy sintéticamente que son vanguardistas aquellos cuyas actividades transgresoras son anticipos creativos de nuevas formas de evolución sociocultural, mientras que son marginales aquellos cuya transgresión está al servicio de la rebelión por la rebelión en sí misma. Pero, dejando de lado esta pequeña digresión aclaratoria, es necesario destacar que, como decía anteriormente, la transgresión está sexuada. Es posible comprobar que existen marcadas diferencias en mujeres y varones cuando observamos cuidadosamente los comportamientos y vivencias de ambos. Las transgresiones masculinas suelen ser mejor aceptadas e incluso estimuladas como expresión de reafirmación vanguardista, mientras las transgresiones femeninas son casi siempre motivo de censura y objeto de marginación.

Muchas de las niñas de ayer recordamos con nitidez los mandatos sociales tendientes a colocarnos en la «buena senda». Se decía sin eufemismos que las niñas que se portaban bien eran «buenas», lo cual significaba que la única manera de ser buena era «portándose bien». De esto derivaba su correlato indiscutido: las que se portaban mal eran «malas». Portarse bien significaba cumplir con los mandatos establecidos: según las épocas, se trataba de obedecer a los padres primero y luego al marido, no salir en horarios nocturnos que eran dominio de varones, no trabajar fuera de la casa, no acumular dinero y mucho menos poder público, no satisfacer los deseos sexuales y, en caso de hacerlo, nunca antes del matrimonio y siempre dentro del matrimonio, no tener espacios de privacidad, no ocultar nada, etcétera. Es decir, todo un conjunto de prohibiciones que hacían que la libertad fuera para la mayoría de las mujeres un concepto exclusivamente teórico. El premio recompensa a tanta limitación era ganar el Paraíso, por ello se decía que «las niñas buenas van al cielo», lo cual dio pie a que las feministas chilenas, en los años ochenta pudieran completar la frase inconclusa

diciendo: «las niñas buenas van al cielo… las otras a todas partes». Esta es una de las diferencias con los niños de ayer, de hoy y esperemos que no de siempre. Un niño que se precie de tal está «programado» para «ir a todas partes» aunque para ello tenga que «portarse mal»; es decir, aunque para ello tenga que transgredir horarios, invadir espacios prohibidos, dar muestras de habilidades violentas, forzar experiencias sexuales, generar provocaciones, liderar grupos hostiles, sobrepasar límites de velocidad o asumir comportamientos marginales, entre muchos otros rituales. La cultura suele legitimar como un saludable índice de crecimiento varonil las pruebas de capacidad para enfrentar la ley. En pocas palabras, mientras los varones son programados para enfrentar la ley, las mujeres lo son para someterse a ella.

Si prestamos atención al sentimiento de maldad que el ocultamiento de los ahorros generó en la protagonista de nuestra anécdota, podemos descubrir que gran parte del malestar que ello le produjo se debía a que vivía como una transgresión su pretensión de privacidad y autonomía. Es sabido que disponer de recursos propios abre puertas a la autonomía y ello, en el contexto de una sociedad patriarcal, se convierte en una flagrante transgresión a los mandatos de dependencia incondicional y entrega altruista asignados a las mujeres. Muchas niñas de ayer llegaron a convencerse de que cualquier desvío a los mandatos era una transgresión dañina, producto de una maldad innata. En consecuencia, no resulta difícil comprender, a la luz del peso culposo que ocasiona la transgresión, que nuestra protagonista se haya sentido invadida por tantos sentimientos de maldad.

2. Las oscuras simientes de maldad

Segundo comentario

«*Tengo un sentimiento que me da un poco de vergüenza. Yo terminé dos parejas muy importantes en mi vida y siempre me sentí*

muy mala por haber sido yo quien definió la separación. Ninguna de las dos veces pude terminar de común acuerdo. Antes de la ruptura, me aguantaba los malestares, masticaba vidrio y hacía lo imposible para salvar la relación. Hasta que un día dije ¡Basta! Creo que no fui muy explícita en decir todo lo que me pasaba. Cada vez que tocábamos el tema él me decía que si lo dejaba la vida perdía sentido y que se iba a matar, que lo había dejado herido, que a mí no me importaba nada, y luego de todos esos reclamos terminaba ofreciéndome cosas que nunca cumplía. Ahora me doy cuenta de que solo eran técnicas de seducción pero que no eran ofertas reales. Yo me sentía mala *por querer terminar la relación y siempre esperaba que fuera él quien dijera "se terminó", pero él no decía nada y yo continuaba. Un día me dije: la próxima vez que me diga que esto así no puede seguir, contestaré "está bien". Pero, lo mismo, me quedé con una* sensación de responsabilidad *cuando él reprochaba mi desdén y mi perfidia»*.

Tercer comentario

«*Yo* me siento mala *porque me encuentro en mejores condiciones de vida genuina que cuando vivía con mi marido*. Me siento mala *como si le hubiera arruinado la vida por haberme separado. Me hacía creer que sin mí se le venía todo abajo, y la realidad es que se le vino todo abajo cuando me separé, pero no fue porque le faltara mi amor sino porque dejó de contar con toda la infraestructura que yo le sostenía. Tengo muy claro que es así, pero no puedo dejar de sentirme un poco* mala *cuando compruebo que él está peor ahora que cuando vivía conmigo*».

Si intentáramos hacer un recuento de todas las supuestas maldades que en forma explícita e implícita están incluidas en los comentarios de esta mujer nos encontraríamos con el siguiente listado:

Mala por plantear una ruptura.

Mala por sostenerla.

Mala por creerse artífice de la infelicidad ajena.

Mala por dejar de satisfacer las demandas amorosas.

Mala por no haber explicitado sus malestares.

Mala por no haber sido capaz de revertir el desamor. Mala por desencadenar amenazas de suicidio.

Mala por sobrevivir a los desencuentros amorosos.

Mala por dejar de sostener una estructura cuyo único beneficiario era otro.

Mala por ser capaz de reponerse a los desencantos del desamor.

Si no fuera para llorar, este listado nos tendría que hacer reír por lo absurdo que resulta el despliegue de semejante abanico de supuestas maldades. Sin embargo, aunque racionalmente la protagonista de estos comentarios pueda reconocer que sus actitudes poco tienen que ver con maldades, lo vive como si lo fueran. En realidad, se trata nada más ni nada menos que de resolver las vicisitudes de la vida asumiendo un rol protagónico que además se caracteriza por implementar un comportamiento no violento. Dicho rol tiene mucho más que ver con modalidades racionales para afrontar las realidades ingratas que genera el desamor que con las formas violentas que tan a menudo aparecen en las crónicas policiales y que, en un altísimo porcentaje, son protagonizadas por varones. Sin embargo, a pesar de la enorme distancia que existe entre decir «no estoy dispuesta a seguir viviendo contigo» y la actitud de golpear, herir o incluso hacer desaparecer al acompañante indeseado, no son pocas las mujeres que viven como maldad lo que en realidad es asumir unilateralmente el peso de la responsabilidad de una situación que compromete necesariamente a los dos. Estas vivencias de maldad poco tienen que ver con la realidad que las origina, y sin embargo se mantienen fuertemente enraizadas en la subjetividad femenina. Podemos suponer que, entre muchos otros motivos, estas vivencias mantienen credibilidad por la existencia de supuestos socioculturales, totalmente irracionales, que funcionan en el inconsciente colectivo como verdades incuestionadas. Veamos tres de ellos:

a) *Uno de los supuestos arraigados inconscientemente es que las decisiones de pareja que implican cambios y movilidad son*

prerrogativas del varón, es decir, del protagonismo masculino[12]. No resulta difícil rastrear sus huellas en las míticas escenas de abandonos amorosos y rupturas que estuvieron tradicionalmente relacionadas con dichos protagonismos. Por ejemplo, la escena de la mujer «abandonada a los pies del altar» o «el marido que salía a comprar cigarrillos y no volvía más a la casa», eran imágenes recurrentes del acervo popular, que podía tolerar la movilidad de los varones con cierta condescendencia jocosa, pero censuraba que en iguales circunstancias el mismo protagonismo hubiera sido ejercido por mujeres. El encierro social femenino, la dependencia económica y la censura sexual fueron los condimentos que alimentaban la idea de que las mujeres eran las cazadoras en pos de un varón con quien casarse. En esta trama social ellas eran las que perseguían y ellos quienes escapaban. En esta novela los varones eran las «víctimas» cazadas por mujeres ávidas de entrar en las redes del matrimonio, el cual otorgaba *status* de «señora», legitimando la sexualidad, legalizando la dependencia y garantizando un lugar junto al hombre «hasta que la muerte los separe». Si bien los tiempos han cambiado, sabemos que los mandatos adheridos a las costumbres sociales tradicionales arrastran una inercia que los perpetúa a pesar de los cambios formales. Las mujeres ya no son las que se quedan esperando en el altar, tampoco las que quieren casarse a cualquier precio. Incluso a menudo evitan dicho compromiso social. Los varones tampoco son los mismos… sin embargo, ellas siguen sintiéndose culpables de los nuevos protagonismos y ellos siguen recriminándolas por asumirlos. Los tiempos han avanzado pero las vivencias de culpabilidad por transgredir los mandatos siguen profundamente arraigadas y perduran «detrás de los tiempos».

b) *Otro supuesto que cimienta las creencias de «maldad» por plantear una ruptura es que el amor de dos es responsabilidad de uno*, y ese *uno es la mujer*. Aunque resulte redundante, considero necesario reafirmar una obviedad que, aunque evidente, suele no ser tenida en cuenta. Me refiero a que el amor, en el interior de la pareja, es una compleja trama que se teje entre quienes participan

de ella. Por lo tanto su crecimiento o estancamiento, su consolidación o volatilidad es *inevitablemente* una responsabilidad conjunta. Esta afirmación es la que me lleva a sostener que si, por ejemplo, alguien tolera amar sin ser amado/a, las frustraciones resultantes son tanto responsabilidad de quien ama poco como de quien acepta ese poco de amor que lo frustra. La responsabilidad por el disfrute o por el desagrado amoroso es *inevitablemente una responsabilidad mutua*. Sin embargo, no son pocas las ocasiones, como en el ejemplo anterior, en las que uno de los dos se siente «culpable» de la ruptura y el otro incrementa dicha culpabilidad con reproches, demandas e incluso amenazas de autodestrucción.

El mecanismo de culpabilizar al compañero/a por la propia infelicidad o insatisfacción amorosa se remonta a sus orígenes en las etapas infantiles, cuando aún no se había consolidado la suficiente discriminación para asumir la autorresponsabilidad. A menudo esta inmadurez suele extenderse a etapas cronológicas posteriores, involucrando tanto a mujeres como a varones. Cuando esto sucede, unas y otros presentan dificultades para hacerse cargo de que en la vida, a veces, no se logra el amor anhelado por mucho que se insista, y esto no es responsabilidad «del otro». La experiencia no se cansa de mostrarnos que el amor es inmune a la voluntad y las mejores intenciones se estrellan contra la barrera infranqueable de ese sentimiento tan arbitrario. Sin embargo, aun cuando dicha inmadurez involucre a ambos géneros, la vivencia de responsabilidad por los amores insatisfactorios suele impregnar mucho más la sensibilidad femenina que la masculina, y esto tiene su apoyatura en los condicionamientos culturales. Es posible comprobar que cuando los varones dejan de amar o simplemente cuando cambian de mujer o mantienen relaciones amorosas simultáneas con más de una, suelen ser justificados por una sociedad que encuentra «natural» que el varón haga uso de su libertad amorosa, que satisfaga sus «naturales» instintos sexuales o que «espontáneamente» disfrute de la vida cuando la oportunidad se le presenta. Estas actitudes masculinas suelen ser consideradas muy a menudo como signos de

buena salud y hombría, además de ser tomadas como indicadores incuestionables de la naturaleza viril. Sin embargo, la condescendencia hacia el varón se convierte en crítica severa y descalificatoria cuando dichas situaciones son protagonizadas por mujeres: cuando una mujer deja de amar pasa a ser una desalmada; cuando cambia de hombre se la estigmatiza como una «mujer liviana», y cuando está con más de uno se la considera, irremediablemente, una puta. El supuesto de que la responsabilidad amorosa es predominantemente femenina sigue gozando de buena salud en las profundidades de la subjetividad de mujeres y varones. En consecuencia no resulta sorprendente encontrar que muchas mujeres queden aprisionadas por sentimientos de maldad cuando son protagonistas en las decisiones de rupturas amorosas.

c) *Un tercer supuesto que alimenta vivencias de maldad es también la convicción de que desamor en las mujeres es una falta mayor, casi como si fuera un pecado capital*. Esta convicción es alimentada por las sexuaciones culturales de que son objeto las actividades de uno y otro género. Cuando hablo de sexuación me refiero al fenómeno por el cual en nuestra sociedad los mismos atributos adquieren distintos significados si son asumidos por mujeres o por varones. Por ejemplo, en el imaginario social circula una especie de creencia subterránea por la cual un varón ambicioso es considerado como un visionario y futuro triunfador, mientras que una mujer ambiciosa suele ser vista como una trepadora, necesariamente mal intencionada de la cual es conveniente protegerse. El retaceo de incondicionalidad amorosa que en los varones suele ser justificado como una característica del género, coloca sin embargo a las mujeres en situación sospechosa, como si «algo no les funcionara bien». Cuando, por el contrario, el varón es afectuoso y ama intensamente sin avergonzarse por ello suele ser ubicado en la categoría de «ídolo», mientras en iguales condiciones las mujeres son vistas como cumpliendo con lo que naturalmente les corresponde. Como si el amor fuera un sentimiento natural en las mujeres y excepcional en los varones. Esta supuesta naturalidad

está enraizada en una superposición de identificaciones erróneas. Una es la de suponer que mujer es igual a madre, y por lo tanto incondicional. Otra que madre es igual a amor, y la tercera que amor es igual a bondad. Estas son identificaciones ciertamente equivocadas porque, en primer lugar, lo que define a la mujer no es el «ser madre». En segundo lugar, porque no toda madre es capaz de brindar amor y, finalmente, porque no todo amor es una panacea de bondad.

A esta altura estamos en condiciones de echar un poco de luz a las «oscuras simientes de maldad» femeninas con que iniciamos el segundo punto de este capítulo. El enorme peso de los condicionamientos culturales mantiene vivos —y muy activos— muchos supuestos sobre el amor y las responsabilidades femeninas. En consecuencia, resulta comprensible que no pocas mujeres se sientan «malas» aun cuando toda su racionalidad les reasegura que no hay motivos para sentirse así. Es mucho el camino recorrido, pero es también mucho el camino por recorrer. Los indudables logros sociales que están permitiendo a las mujeres asumir protagonismos e igualdad de condiciones con el varón no deben hacemos olvidar que en los cimientos subterráneos de la cultura siguen fluyendo con no poca intensidad los ríos de la tradición patriarcal.

3. Responsabilidad vitalicia

Estoy convencida de que cuando es posible desentrañar los motivos que perpetúan comportamientos insalubres, se ha dado un paso importante en el camino de su modificación. Es con la intención de desactivar uno de los mecanismos generadores de «culpas femeninas» que finalizaré este capítulo incluyendo un tema que considero clave. Me refiero al sentimiento de omnipotencia que ponen en funcionamiento tantas mujeres cuando suponen ser las artífices exclusivas de la vida de sus seres amados y por lo tanto responsables, también exclusivamente, de su felicidad o infelicidad.

En esta oportunidad deseo poner el acento en un sentimiento derivado de la omnipotencia que denominaré *«responsabilidad vitalicia»*. Es decir, sentirse responsable de por vida de todo aquel con quien alguna vez tuvimos un vínculo afectivo de importancia. Dicho sentimiento suele mantenerse aun cuando el vínculo se hubiera desvanecido o hubiera perdido sentido, como en el caso de la anécdota presentada en este capítulo. La *responsabilidad vitalicia*, como veremos a continuación, es un sentimiento ligado a la relación materno-filial. Es el sentimiento por el cual una gran mayoría de mujeres siente que asume una responsabilidad irrenunciable e inevitable a partir del instante mismo de dar a luz un hijo o de ejercer como madres, aun sin haber gestado o parido. Es el sentimiento por el cual se pierde para siempre la tranquilidad de cargar solo consigo misma y la libertad de ir a cualquier lado sin preocuparse demasiado por lo que se deja en casa.

Esta *responsabilidad vitalicia* es diferente de otras responsabilidades. Tomemos como ejemplo las responsabilidades que son capaces de asumir los jóvenes antes de tener hijos.

Esa responsabilidad se limita a menudo casi exclusivamente a satisfacer las propias necesidades. La responsabilidad juvenil es una mochila liviana que permite dormir sin desvelos por los otros, comer sin prestar demasiada atención al hambre ajena, viajar lejos sin pensar que alguien puede necesitarlos, ausentarse por tiempo indefinido sin sentir la necesidad de precisar el regreso, transitar caminos sin direcciones ubicables. En síntesis, se trata de una responsabilidad del «aquí y ahora, conmigo» que empieza y termina en la propia persona. Esa responsabilidad juvenil —que en algunas personas a veces se posterga más allá de la juventud cronológica— sufre una profunda transformación en la mayoría de las mujeres a partir del momento en que son madres. Ya nunca más dormirán entregadas al sueño liberador de las preocupaciones cotidianas hasta que sus hijos hayan regresado a la casa. Ya no se alejarán sin dejar datos precisos de cómo ser ubicadas. Ya no comerán sin antes cerciorarse de que sus «pichones» estén satisfechos. Y cuando se

alejan, la gran mayoría deja «todo organizado» para que en su ausencia «todo» lo que antes cubría, siga estando cubierto: la heladera cuidadosamente abastecida, la ropa lavada y planchada, las actividades cotidianas organizadas y, en algunos casos, hasta las distracciones y divertimentos previstos para que no se aburran en su ausencia. Es como dejar en reemplazo a un «otro yo» virtual. Es como moverse igual que un caracol, siempre con la casa a cuestas, con la responsabilidad irremediablemente indelegable. Este es el sentimiento de responsabilidad vitalicia al que me refiero y que les es familiar a tantas y tantas mujeres.

Ahora bien, ¿cuál es la relación que podemos establecer entre esa *responsabilidad vitalicia* construida sobre la base del amor materno-filial y la de tantos otros amores que protagonizan las mujeres? Mis conclusiones al respecto engruesan la hipótesis central de este libro, que despliego con mayor amplitud en el capítulo 7. Se trata de considerar que dicha *responsabilidad vitalicia*, surgida de las entrañas mismas de un ideal maternal basado en la incondicionalidad, la abnegación y el altruismo, sufre un proceso de expansión por el cual dicha responsabilidad no solo recae sobre los hijos sino también sobre todo ser humano que hubiera recibido alojamiento en los corazones femeninos. Para decirlo una vez más, con otras palabras: de manera no demasiado consciente, una gran cantidad de mujeres construyen su ideal de amor a imagen y semejanza del amor materno-filial y, en consecuencia, tienden a sentirse responsables de aquellos a quienes aman —o alguna vez amaron— de la misma manera que sé sienten responsables de sus hijos. Se produce un *desplazamiento del modelo*. De esta manera, las mujeres que en función de madres se sienten inevitablemente pendientes de sus hijos y también inevitablemente responsables de su bienestar, tienden a sentirse del mismo modo en relación con otras personas con quienes establecen vínculos de amor.

Los motivos por los cuales el ideal de amor para tantas mujeres está sustentado en el modelo materno-filial son complejos y diversos, y de ellos me iré ocupando a lo largo de este libro. Pero

mientras tanto, deseo compartir una cadena de imágenes que cruzó mi pensamiento mientras escribía lo que ustedes están leyendo. Me encontré recorriendo las obras de artes plásticas y sorprendiéndome al descubrir que la imagen del amor que exaltan las religiones occidentales judeo-cristianas suele ser casi exclusivamente la de la madre con su hijo. Pareciera no existir en la iconografía religiosa imágenes del amor protagonizadas por una pareja, que no sea la pareja materno-filial. No sería de extrañar que la impronta de una educación religiosa que exalta el amor materno-filial (y niega o minimiza el amor entre pares) haya contribuido sustancialmente a sustentar un modelo amoroso que atrapa (y entrampa) a las mujeres en una modalidad vincular definida por su calidad «maternal».

En síntesis: Cuando las mujeres dejan de responder a los mandatos culturales que pesan sobre ellas tienden a sentirse transgresoras de los roles establecidos y, como consecuencia, «malas» y culpables, sobre todo cuando dejan de comportarse como madres incondicionales. Es hora de que las mujeres se animen a revisar dichos mandatos y entonces descubrirán que la supuesta «maldad», que muchas se adjudican, tiene mucho más que ver con una construcción social destinada a alimentar la dependencia femenina que con un comportamiento genuinamente innoble. También descubrirán que es necesario desvincular el amor de pareja de aquel otro basado en el modelo de amor materno-filial, si anhelan construir un vínculo entre pares menos presionado por las demandas —y reclamos— que inevitablemente generan esta particular construcción sociocultural del vínculo amoroso.

5. Un acto de amor… o la armonía a cualquier precio[13]●

1. Una entrega incondicional

Circulan en nuestra sociedad curiosas maneras de interpretar los «actos de amor». Una mujer comentaba:

«*Mi marido atravesaba desde hacía tiempo una situación difícil con sus negocios y yo disentía con la manera en que él insistía en llevarlos, pero nunca pude influir con mis opiniones porque se negaba a escucharme. Cuando decidió hipotecar nuestra casa, como último "acto de salvación" yo me opuse, pero finalmente firmé la hipoteca para que él no se enojara, como un* acto de amor *y creyendo que así preservaba la armonía familiar. Lo único que logré fue perder la casa y contribuir a que él terminara de hundirse*».

Este no es un caso aislado, y más de una vez hemos escuchado historias parecidas que fueron interpretadas por sus protagonistas como una «mala jugada del destino». Con la convicción de estar apostando al amor, no pocas mujeres acceden a demandas masculinas con las que desacuerdan, sintiéndose, además, particularmente afectadas por las expresiones de sus rostros. Cuando los ven tristes se enternecen y rápidamente suelen dejar de lado sus reservas con tal de conseguir despejar los nubarrones del rostro amado. Cuando perciben los ceños fruncidos, clara señal de enojo, suelen quedar atrapadas en un malestar inespecífico, mezcla de temor y desasosiego. Dicho malestar, lejos de ser pasajero, cava hondo en las entrañas femeninas produciendo un estado de desazón

más propio de un infante que de un adulto. Esta «mala cara», que en nuestro medio circula bajo el rótulo de «cara de culo», pareciera poner en movimiento temores arcaicos a los cuales resulta difícil sustraerse. Como ya lo he sostenido en otras oportunidades, insisto en afirmar que la «cara de culo» de los otros debería ser un problema de quien la porta y no de quien la mira, sin embargo no es así para una enorme cantidad de mujeres[14]. Muchas de ellas, «modernas» y «liberadas», jóvenes y no tan jóvenes, siguen quedando atrapadas por la expresión ceñuda de aquellos con quienes mantienen vínculos afectivos. No es distorsionado pensar que el temor al enojo conyugal por parte de las mujeres es una reminiscencia infantil del miedo al enojo de los padres que sigue vigente en muchas de ellas a causa de que la autoridad paterno-materna ha sido delegada y trasladada al marido. Muchas mujeres le temen al marido como cuando niñas les temían a los padres, aunque no sean conscientes de ello. El comentario que reproduzco al inicio de este capítulo, pertenece a una mujer de la cual todo el mundo podría decir que es «muy independiente», porque es capaz de producir dinero y sostener la economía familiar, capaz también de viajar sola, desarrollar exitosamente sus actividades laborales y elaborar sus proyectos sin que necesariamente estén ligados al círculo familiar. Sin embargo, a la hora de tener que sostener una posición firme que hubiera significado poner ingratos límites económicos al marido, se autoconvence de que es un *«acto de amor»* lo que en realidad debería ser interpretado como un acto de sumisión y dependencia infantil.

Muchos de los actos supuestamente «amorosos» que tantas mujeres despliegan para evitar o neutralizar el enojo masculino son comportamientos aplacatorios que poco tienen que ver con el amor y mucho con el temor. Suele ser por miedo más que por amor que tantas mujeres aceptan situaciones con las que desacuerdan. Y es aquí donde cabe preguntarse qué tipo de temor es el que llega a poner en marcha semejante complacencia que las coloca,

finalmente, en situaciones de riesgo y desamparo. Intentaré dilucidar algunos aspectos de este interrogante tratando de explicar dos de los temores más frecuentes con los que me he tropezado en la investigación del tema. Ellos son el temor al desamor y la amenaza de abandono.

Comenzaré por plantear que el tránsito por la vida es un aprendizaje de estrategias para vencer los innumerables miedos que nos depara cada recodo desconocido del camino. Detrás de cada miedo se esconden fantasmas cuyos rostros escurridizos se nos escapan hasta el momento en que nos animamos a enfrentarlos y sacarles el antifaz. Cuando ello sucede, muy a menudo se desvanecen como los dibujitos animados que se desinflan como globos cuando les quitan el aire que los mantiene vigorosos. El rostro del miedo que atemoriza a tantas mujeres osadas y valientes presenta los rasgos del desamor y la amenaza del abandono. Se trata de un miedo semejante al que sufren los/las niños/as pequeños/as cuando temen perder el amor de sus padres en quienes están depositados el cuidado y la protección. Sabemos que en la infancia el abandono convierte la vida del infante en un tránsito acosado por riesgos cuyas consecuencias pueden ser devastadoras. En consecuencia, el temor al abandono en la infancia se convierte en uno de los fantasmas más terroríficos que solo puede ser aplacado con las demostraciones de amor y reconocimiento afectivo. Dadas estas condiciones de vulnerabilidad infantil, cualquier señal de posible desamor se convierte en una alarma de peligro que es necesario neutralizar de cualquier manera. Estos temores van desapareciendo paulatinamente con la progresiva independencia que acompaña al crecimiento, la cual contribuye a disminuir el impacto de dicho fantasma en la medida en que las personas van adquiriendo recursos propios para sostenerse afectivamente a sí mismas. La adquisición de la independencia va de la mano de la adquisición de la confianza propia y, en este sentido, cualquier interferencia en el proceso de crecimiento dejará huellas indelebles. Esto es lo que sucede con una gran mayoría de mujeres

que han crecido bajo el peso de condicionamientos psicosociales que tendían a instalarlas en la dependencia (afectiva, legal y económica), contribuyendo a estructurar una subjetividad femenina dependiente y temerosa. Los cambios sociales que contribuyeron a mejorar la condición femenina no lograron desterrar por completo ciertas profundas huellas de dependencia. Es por ello que es posible encontrar mujeres independientes en muchas áreas de su desarrollo personal y laboral —que hacen gala incluso de osadías impensables para no pocos varones— en las que persiste, sin embargo, un miedo ancestral al desamor y al abandono, difícil de erradicar y menos aún de comprender a la luz de sus vidas presentes. Estamos en condiciones, entonces, de poder explicar, por lo menos en parte, que aún para muchas mujeres independientes el ceño arrugado de su pareja puede llegar a ser vivido como una amenaza casi existencial. Detrás de esas «caras de culo» se asoma el fantasma del desamor y la amenaza de abandono que mantienen su fuerza de convicción porque muchas mujeres siguen descreyendo de sí mismas como fuente de apoyo y protección.

2. Otra entrega incondicional

El amor concebido como entrega incondicional fue penetrando en los intersticios más diversos de la sociedad, adoptando todas las formas posibles. Una de ellas adquiere plena expresión en una canción que desparramó su popularidad por el mundo enarbolando un título que no deja lugar a dudas. Me refiero al «Himno al amor», de Marguerite Monnot, que tan maravillosamente cantara Edith Piaf, ayer nomás, a mediados del siglo pasado, y que aún hoy promueve las más profundas adhesiones en mujeres emancipadas. Recordemos algunos de sus versos en una traducción personal:

> Iré hasta el fin del mundo si tú me lo pides
> Iré a descolgar la luna y a robar fortunas

Renegaría de mi Patria y de mis amigos
Si tú me lo pides
Pueden reírse de mí, pero haría cualquier cosa
Si tú me lo pides.

Estos versos hacen del amor una apología de entrega absoluta e incondicional. Subyacen en ellos la ilusión mesiánica de fundirse con el ser amado y suponen, aunque no esté dicho explícitamente, que la reciprocidad de semejante amor es también absoluta e incondicional.

Se trata de una propuesta que deslumbra y fascina, y que no tendría nada de insalubre si fuese tomada como lo que es: una hermosa fantasía. Al respecto no viene mal recordar que las fantasías son fuente de diversión y creatividad, y a esa categoría pertenecen las hadas, los gnomos, los dragones y toda la serie de personajes fantásticos que nos ayudan a jugar ilusiones, donde los límites de la realidad son transgredidos permanentemente sin otra consecuencia que la de cualquier actividad lúdica. Pero cuando esas fantasías son instaladas en la realidad social con categoría de verdad indiscutida, suelen convertirse en instrumentos al servicio de la dominación. Este es el caso de la particular construcción social del amor, que lo concibe como entrega absoluta e incondicional, sobre todo de parte de las mujeres. Muchas de ellas llegan a colocar dicho amor en el centro de sus vidas y terminan adhiriendo a una concepción que las encarcela en una ilusión inalcanzable. Finalmente quedan entrampadas en la exigencia implacable de responder a lo que adhieren, es decir, llegan a convencerse de que cualquier desvío de la entrega incondicional es una prueba irrefutable de desamor. De esta manera, las disidencias son interpretadas como desamor, los retaceos en la entrega son vividos como egoísmo, y cualquier defensa de las propias ideas o necesidades es asumida como quiebre de la armonía.

Una mujer comentaba:

«Me sucedió varias veces haber convenido ir al cine con mi pareja, pero a último momento él cambiaba de idea sin siquiera

comentármelo y yo me decía: para qué voy a hacer quilombo si total me da lo mismo ir al cine que comer pizza. Pero lo cierto es que no me daba lo mismo. Creo que lo hacía para mantener la ilusión de una armonía inexistente y poco a poco me iba vaciando a mí misma, como las empresas a las que les roban el capital».

Otra mujer:

«Me doy cuenta de que al casarme, yo firmé un contrato implícito donde quedaba establecido que el mantenimiento de la armonía conyugal era una prueba de la existencia del amor. De esa forma, cualquier conflicto podía romper la armonía y poner en riesgo el amor. En consecuencia, yo terminé creyendo que todo conflicto era evidencia de desamor y que, además, era de mi exclusiva responsabilidad evitar los conflictos para mantener la armonía. Cada vez que surgía algún desacuerdo en mi pareja terminaba sintiendo que era porque yo no había hecho todo lo que debía».

No son pocas las mujeres que asumen la exclusiva responsabilidad de mantener la armonía que, en realidad, corresponde a todos aquellos que participan de la situación. Todos sabemos —aunque pocos lo explicitan— que estar a cargo de la armonía familiar no deja de ser una tarea adicional al complejo arte de vivir y de amar. Es posible comprobar en la vida cotidiana que muchas mujeres están convencidas de que «hacer todo lo que deberían» consiste en satisfacer las demandas ajenas como si ello fuera el más genuino «acto de amor». La famosa «armonía conyugal», erigida en piedra fundacional del amor de pareja, puede llegar a convertirse en una imposición que empaña la percepción de carencias reales dentro de la familia. Una mujer comentaba:

«Mi marido está muy centrado en sus propios intereses: el trabajo y el fútbol, y nunca tiene tiempo para hablar con nuestro hijo varón que ya es adolescente y busca al padre. Yo trato de cubrir los agujeros que deja mi marido en su función paterna para mantener la armonía, pero la verdad es que los conflictos no desaparecen porque mi marido no asume su función de padre».

Estos son algunos de los comentarios que dan cuenta de numerosas confusiones que circulan cotidianamente empastando las expectativas sobre el amor y entrampando al mismo tiempo a las personas. Por ejemplo, a menudo se da por sentado que la falta de amor es el origen de los conflictos, cuando en realidad los conflictos tienen múltiples orígenes y a veces poco tienen que ver con el amor en la pareja. Es casi lo mismo que afirmar que el dinero es la causa de las desavenencias, cuando en realidad, el dinero lo único que hace —en su calidad de recurso de poder— es poner en evidencia las ambiciones personales y la manera con que cada uno las resuelve dentro de la pareja. Creyendo erróneamente que el amor se preserva ante la ausencia de conflictos, muchas mujeres tienden a encubrirlos en lugar de abordarlos. La idea de que los conflictos desaparecen cuando se los niega son resabios infantiles del pensamiento mágico de cuando los niños creían volverse invisibles por esconderse debajo de las sábanas. En lo que al amor dentro de la pareja se refiere, es bastante frecuente comprobar que no son pocas las mujeres que adhieren inconscientemente a una modalidad «tapadora», lo que las lleva a concretar sobreadaptaciones y a realizar toda serie de malabarismos para amordazar los conflictos latentes. Una mujer recordaba que su compañero tenía una modalidad muy poco afectuosa con ella, que llegaba al extremo de mirar para otro lado cuando mantenían una conversación entre ambos. En esa situación ella desplegaba una serie interminable de comportamientos histriónicos con la esperanza de atraer su mirada. Luego de varios meses de desplegar tan laborioso trabajo, se cansó y optó por funcionar en espejo. Es decir, hacer lo mismo que hacía él, o sea, mirar para otro lado mientras le dirigía la palabra. Fue recién entonces cuando a su compañero le llamó la atención la actitud desafectuosa de ella y pudo tomar contacto con la suya propia. Sin desconocer que este ejemplo da pie a distintas interpretaciones, pondré el foco en el comportamiento femenino. Me interesa señalar la actitud de sobreadaptación y el despliegue histriónico que ella hizo durante meses para modificar la situación

ingrata convencida de que el desafecto masculino debía ser producto de su propia responsabilidad. Es decir, de que «seguramente ella no hacía todo lo que debía» en lugar de pensar que él podía tener dificultades personales y conflictos afectivos cuyo origen trascendía al vínculo de pareja.

Otra confusión que entorpece el engranaje amoroso es la pretensión de mantener la armonía a cualquier precio, sin reparar que cuando los costos son excesivos (o simplemente no corresponden, o en apariencia son «insignificantes» pero van sumando desgastes que corroen a veces irremediablemente el vínculo) el resultado va a ser, inevitablemente, la pérdida del amor, es decir, la pérdida de lo que se pretendía proteger. *Sería bueno recordar que la armonía en general y la de la pareja en particular, es un puerto de destino y no de partida*. Es decir, que es producto de un quehacer, en este caso compartido, que no se alcanza por decreto sino por consenso.

Como síntesis para finalizar este capítulo plantearé que la existencia de conflictos no significa necesariamente desamor, de la misma manera que la tan mentada armonía no es consecuencia directa y exclusiva del amor. En todo caso, es resultado de la capacidad de las personas para resolver los conflictos y asumir la responsabilidad que a cada uno le corresponde en la compleja dinámica del intercambio afectivo. Esas creencias erróneas suelen generar comportamientos también equívocos en muchas mujeres cuyas consecuencias suelen ser desastrosas porque llegan a interpretar como actos de amor lo que en realidad, vistos al detalle, son actos de dependencia y sumisión. Bajo el rótulo de «actos de amor» muchas mujeres se someten a situaciones que las colocan en posición de riesgo y muchos varones se toman prerrogativas a su exclusiva conveniencia o comodidad.

Si convenimos en concebir al amor como un intercambio humano, que contribuye al desarrollo de las mayores capacidades de cada uno y preserva de riesgos al ser amado, vamos a convenir también en que las exigencias de «pruebas de amor» mediante

«entregas» incondicionales no compartidas, poco tienen que ver con el amor.

6. Si no me ama, me muero

1. «Si tú me olvidas»

«Si tú me olvidas» es el título de una hermosa poesía de Pablo Neruda[15] que llegó a mis manos por gentileza de Elena Noseda, a quien le agradezco por ello. La transcribiré para compartirla con quienes lean este libro porque a mi entender, además de bella, contiene conceptos que son clave en estas cosas del amor.

Quiero que sepas
una cosa.
Tú sabes como es esto:
si miro
la luna de cristal, la rama roja
del lento otoño en mi ventana,
si toco
junto al fuego la impalpable ceniza
o el arrugado cuerpo de la leña,
todo me lleva a ti,
como si todo lo que existe,
aromas, luz, metales,
fueran pequeños barcos que navegan
hacia las islas tuyas que me aguardan.

Ahora bien,
si poco a poco dejas de quererme
dejaré de quererte poco a poco.
Si de pronto
me olvidas
no me busques
que ya te habré olvidado.

Si consideras largo y loco
el viento de banderas
que pasa por mi vida
y te decides
a dejarme a la orilla
del corazón en que tengo raíces,
piensa
que en ese día,
a esa hora
levantaré los brazos
y saldrán mis raíces
a buscar otra tierra.

Pero
si cada día,
cada hora
sientes que a mí estás destinada
con dulzura implacable.
Si cada día sube
una flor a tus labios a buscarme,
ay amor mío, ay mía,
en mí todo ese fuego repite,
en mí nada se apaga ni se olvida,
mi amor se nutre de tu amor, amada,
y mientras vivas estará en tus brazos
sin salir de los míos.

«*Si poco a poco dejas de quererme, dejaré de quererte poco a poco. Si de pronto me olvidas, no me busques, que ya te habré olvidado*», dice Neruda en su bella poesía, haciendo del amor, a mi entender, una experiencia de libertad que ni siquiera en los dolorosos momentos del desencuentro logra encarcelarlo en la melancolía del amor perdido. Como si hubiera querido dejar muy en claro que el amor no se pierde cuando el otro se va, porque el amor está dentro de cada uno y, en todo caso, lo que se termina es una experiencia de amor compartido pero no la capacidad para amar. A mi entender, Neruda fue sabio, pero además de sabio era varón. Es decir, pertenecía a esa mitad de la humanidad a la que desde siempre le

fue posible instalarse como eje de su propia vida sintiendo que las capacidades humanas estaban dentro suyo y las llevaba consigo como llevaba a su propia sombra. El poema de Neruda no solo me envolvió con su encanto poético sino que también abrió un panorama en mi entendimiento. Lo que en ella plantea —como actitud vital frente a la vida y al amor— comenzó impactándome y concluyó por correr un velo ante mis ojos. No pude dejar de preguntarme si a las mujeres también les era posible desenraizar de un corazón para buscar otro corazón receptivo donde echar raíces cuando eran olvidadas, con tanta naturalidad como describe Neruda.

Esa y otras preguntas me remontaron a los cuentos infantiles tradicionales con que tantas niñas transitaron su crecimiento, acompañadas con libros de los que emergían príncipes azules cuyo mayor mérito residía en despertar a las princesas al amor. Sin su aparición estaban condenadas a seguir durmiendo un eterno sueño al margen de la vida. Ser descubiertas, elegidas y finalmente amadas era el premio de una larga espera.

Cabe señalar que en esos cuentos infantiles no era lo mismo ser príncipe que princesa. El príncipe —varón libre y activo— transitaba por el mundo satisfaciendo sus deseos y portaba la llama del amor con cuya lumbre despertaría a la princesa. Ella —paciente y pasiva— quedaba a la espera de que el azar lo pusiera en su camino para salvarla del letargo. Si llegaba a suceder que el príncipe desviara su ruta antes de encontrarla, ella quedaba condenaba a seguir —como la Bella Durmiente— entregada al sueño eterno de una realidad inalcanzable. De igual manera, si el príncipe, una vez saciado su amor retomaba su camino hacia nuevos descubrimientos, otras tierras y otras princesas, nuestra Bella Durmiente, que había sido despertada para incorporarse al mundo, sentía que la vida se le iba con el príncipe andariego, llevándose consigo el amor de ambos. Ella había echado raíces en su corazón y al ser abandonada se sentía despojada de amor y condenada a vivir del recuerdo pasado que día a día profundizaba las heridas de sus ilusiones rotas. En esas condiciones no le quedaba otra alternativa que dejarse morir. Al igual

que las pacientes heroínas de los cuentos infantiles, algunas mujeres que siguen esperando —tendidas en las redes del ensueño— que el amor vaya hacia ellas corporizado en un varón que las despierte y les dé sentido a su vida. Transformado en el príncipe de sus ensueños, dicho varón queda convertido en depositario exclusivo del amor femenino y como tal, responsable de tan caro sentimiento. Si llega a suceder que las encrucijadas de la vida conducen a un desencuentro amoroso, la pérdida del depositario suele ser vivida como la pérdida del amor. Varón y amor se superponen y pasan a estar identificados como si fueran una sola cosa, de la misma manera que en aquellos cuentos el despertar venía de la mano del príncipe. No son pocas las mujeres de cualquier edad que suelen vivir los desencuentros amorosos como una tragedia, en lugar de vivirlos solamente como lo que son: una frustración dolorosa.

He conocido muy pocas mujeres que fueran capaces de decir lo que Neruda en su poesía, y cuando lo hicieron despertaron ciertos desacuerdos. En una oportunidad una mujer comentó:

«Aunque se llegue a perder al compañero ruta, no se pierde el andar. Como ser humano yo tengo la capacidad de unirme con otro en sociedad para hacer algo. Cuando estoy con otro que tiene esa misma capacidad, juntos formamos una sociedad. Cuando se termina, lo que se terminó fue ESA sociedad, no nuestra capacidad para asociarnos. Sucede con el amor lo mismo que con el trabajo: yo puedo quedarme sin trabajo pero no pierdo por ello mi capacidad de trabajar, y si pierdo un trabajo, me voy a buscar otro».

La misma mujer agregaba:

«La capacidad de amar es una actitud frente a la vida y aquel a quien amamos es solo un depositario de nuestro amor. Pero el amor es nuestro, por eso quien deja de amarnos no se lleva nuestro amor, simplemente se lleva el suyo».

La convicción de que la capacidad para amar es un capital indiscutible, inherente y propio de cada ser humano no ha sido un concepto que circulara espontáneamente entre la mitad femenina de la humanidad. Más bien, lo que ha predominado es la idea de que

«una mujer que deja de ser amada» queda irremediablemente descapitalizada y en situación de «quiebra» a causa de un supuesto vaciamiento afectivo producido por quien «le robó el corazón». Es así como no resulta difícil comprobar que para muchas mujeres, dejar de ser amadas, adquiere un significado trágico por el cual se sienten morir o fantasean con quitarse la vida, cosa que no es frecuente en los varones, para quienes la misma frustración es solo un problema que llega a herir su orgullo pero no su vida. En casos extremos optan por matar a la supuesta malvada que no respondió a su amor, más que por suicidarse. Las crónicas policiales están llenas de asesinatos consumados por varones en nombre del amor. Aun cuando podríamos afirmar que el dolor por un desencuentro amoroso —cuando es igualmente intenso— afecta tanto a varones como a mujeres, es posible comprobar, sin embargo, que ante el mismo hecho ellas tienden a victimizarse a sí mismas mientras ellos buscan otros puertos o descargan su frustración fuera de sí.

2. La teoría del vaciamiento

Sin ninguna duda, el desencuentro amoroso es un momento ingrato que coloca a las personas que lo transitan frente al vacío de la relación que dejó de ser. Pero se trata solamente de un vacío parcial y transitorio que afecta a «ESA» relación, no a la capacidad de amar en sí misma. Sin embargo, no son pocas las mujeres que, sufriendo el desgarro por un amor que se acabó, confunden la disolución de un vínculo concreto con la de un vaciamiento definitivo que las lleva a sentirse «despojadas», «desvalidas» y en «quiebra». Veamos a qué me refiero.

El concepto de vaciamiento afectivo lo concebí a partir de un hecho, desgraciadamente bastante frecuente en el ámbito empresarial. Se trata de un delito económico que consiste en extraer todo el capital de la empresa a escondidas del resto de los socios y de todos los demás comprometidos en la misma. Este delito suele

ser consumado por quienes tienen suficiente autoridad para actuar sin ser controlados. En nuestro país varias empresas fueron vaciadas por sus responsables, dejando en la indigencia económica a muchísima gente. Si bien este concepto proviene del ámbito económico resulta muy útil para describir ciertas vivencias femeninas respecto del amor. Muchas mujeres, estando comprometidas en una relación afectiva, atraviesan la ingrata situación de no ser correspondidas. Cuando ello sucede, suelen vivir la pérdida del vínculo amoroso como un vaciamiento que las hace sentir en situación de quebranto, convencidas de haber quedada en la más absoluta precariedad y a la intemperie ante la ausencia de amor. No son pocas las que quedan enredadas en un entramado simbólico que les lleva a sentirse vacías y con una vida sin sentido. Algunos comentarios dan cuenta de este tipo de vivencias que suelen adoptar las más diversas expresiones. Veamos algunos:

«La insatisfacción amorosa me hace sentir insegura e intranquila».

«Me pasa que cuando ando bien de amores, siento como estar pisando un piso sólido y puedo dedicarme a hacer otras cosas… pero ante la insatisfacción amorosa no puedo hacer nada, me paralizo».

«¿Será que las mujeres vivimos la falta de amor como una falta o castigo personal? Como las mujeres golpeadas que creen que "algo habrán hecho"».

En estos casos pareciera producirse una profunda confusión entre frustración y vaciamiento, lo cual coloca a dichas mujeres en un lugar de gran fragilidad e inseguridad. Estoy convencida de que esta confusión no es azarosa y tampoco producto exclusivo de la subjetividad individual. Es la expresión hecha carne en la mujer de una construcción social del amor que las ubica en el lugar de la dependencia, que es como decir, en el lugar de objeto. Con esto deseo expresar que se trata de una construcción social del amor que instala el juego amoroso como un intercambio jerarquizado entre quienes se aman. En otras palabras, entre dos personas de las cuales una se considera a sí misma como sujeto, en posesión de su

deseo, con un potencial amatorio que le es propio y, por lo tanto, que no pierde aunque cambie de amores, y otra persona que, en cambio, pareciera quedar a merced del deseo del otro, haciendo lo imposible por satisfacer su expectativa creyendo que de esa manera se garantiza el amor. En ocasiones da la impresión de que algunas mujeres están más enamoradas del amor que de la persona a quien creen amar. Una mujer comentaba:

«A los hombres los inventamos y luego nos quejamos cuando no responden a la idea que nos hicimos de ellos».

Como es posible comprobar, la vivencia de vaciamiento aparece íntimamente relacionada con la situación de dependencia afectiva. Y resulta lógico que sea así, ya que quien está convencido/a de que su vida depende de otro, la pérdida de ese otro pone en riesgo su propia vida. Como tantas otras situaciones paradójicas en la vida, es posible observar que la dependencia genera más dependencia. Y ello es así porque quien teme perder el afecto en el que apoya su existencia suele incrementar su incondicionalidad. Es decir, está cada vez más pendiente de satisfacer todas y cada uno de las necesidades del ser amado. De esta manera, quien depende contribuye a profundizar su propia dependencia, que suele adoptar las formas más variadas. Una de dichas formas —que aunque parezca intrascendente es demasiado frecuente para restarle importancia— está plasmada en la actitud que asumen no pocas mujeres de centrar su preocupación en lo que el supuesto amado puede sentir por ellas más que en lo que ellas realmente sienten por él. Una mujer comentaba:

«Una está tan preocupada por saber si a una la quieren de verdad que en lugar de conectarse con lo que una siente está pendiente de lo que el otro siente por una. Y con esta distorsión se producen situaciones totalmente equívocas y hasta tragicómicas, como me pasaba a mí. Estaba pendiente y apenada por la falta de amor de mi pareja, cuando yo no estaba demasiado segura de amarlo. Así terminaba exigiéndole lo que me entrampaba».

Otra agregaba:

«Una pasa a estar más preocupada y pendiente de lo que siente el otro que de lo que una siente por el otro. Yo terminaba mirándome en el espejo ajeno y concluía que las cosas "andaban bien" si el otro estaba contento, y que andaban mal si el otro tenía cara de culo».

Sin ninguna duda identificar frustración con vaciamiento es una grave distorsión. La distorsión que me interesa puntualizar en este contexto es que la dependencia afectiva en que suelen quedar atrapadas muchas mujeres conduce necesariamente a construir vínculos donde terminan ubicadas en el lugar de objeto, y, por lo tanto, expuestas a la voluntad de quien se asume como sujeto. Posicionarse como sujeto amante o como objeto al servicio del amor de otro no es un hecho inocuo. Con esto quiero señalar que cuando una persona se instala en un vínculo amoroso en calidad de sujeto, está en condiciones de asumirse como *protagonista de su propio deseo*. Ello le permite ir hacia el otro/a amado/a a partir de sí mismo/a y puede defender su necesidad de ser amado/a por lo que es —y así como es— antes que por su capacidad de acomodación al deseo ajeno. Es así como es posible observar que aquel que logra instalarse como sujeto en el vínculo amoroso está menos expuesto a confusiones y puede, por ejemplo, reconocer con mayor claridad la diferencia que existe entre el gusto por complacer y la obligación de servir. No es ninguna novedad que los vínculos amorosos generan dependencias, pero conviene recordar que existen dependencias amorosas necesarias que son saludables y otras que son profundamente insalubres. A mi criterio, las primeras son las que adoptan las formas de la solidaridad. Es decir, dependencias que son necesariamente paritarias y recíprocas, y por lo tanto son las dependencias que existen entre dos *sujetos* que hacen todo lo posible por evitar las sumisiones propias y las del otro/a. Las segundas, las dependencias insalubres, son aquellas que instalan vínculos regidos por el dominio de uno y la sumisión del otro. El hecho de que, a veces, las parejas se alternen los lugares (y en distintos momentos sometan o se dejen someter) no cambia en

nada su insalubridad, porque el modelo vincular sigue siendo el mismo. De igual manera que dar vuelta una tortilla no significa cambiar de comida.

Me interesa remarcar que la posibilidad de llegar a diferenciar entre ambas dependencias ofrece recursos para evitar sumisiones insalubres. Es cierto que a menudo los límites no son muy precisos; sin embargo, es posible comprobar que existe un espacio más allá del cual las dependencias excesivas producen el efecto de comenzar a desdibujar la propia identidad. Es posible observar esto en infinidad de actitudes cotidianas que llegan a resultar tragicómicas. En un grupo de reflexión sobre el tema, dichas actitudes fueron caracterizadas bajo el nombre de «teoría de la plastilina». Veamos a qué me refiero.

3. La teoría de la plastilina

La plastilina es un material maleable, una especie de arcilla de fácil moldeo con que las niñas y los niños suelen comenzar a experimentar los rudimentos de la escultura. Es un material que se estira, se engruesa, se aplana, se forma y deforma a gusto del consumidor. Se ablanda con el calor de la mano que la aprieta y adopta casi cualquier forma cuando se la manipula. Muchas mujeres responden a la teoría de la plastilina, es decir, se acomodan a los deseos del amante aceptando (y a veces esperando) un modelado del cual enorgullecerse. La teoría de la plastilina responde a un principio básico que toma cuerpo en dos expresiones que son complementarias y que pueden expresarse de la siguiente manera: «Porque te amo, seré como me deseas» (es decir, estoy dispuesta a transformarme) y «Porque te amo, te haré a imagen y semejanza de mi deseo» (es decir, te transformaré). Ambas son dos caras de una misma moneda: las de la sumisión y el dominio que se disfrazan con las galas del amor. Una mujer decía:

«¿De dónde viene eso de querer cambiar al otro que no quiere cambiar, si lo que nos gustó de ese otro fue lo que le vimos al conocerlo?».

Podemos aproximar una respuesta a esa pregunta diciendo que la aceptación del «modelaje» por parte de las mujeres es algo que se puede explicar también a la luz de los condicionamientos culturales. Veamos a qué me refiero. Si durante siglos, las mujeres solo podían acceder al amor bajo la supervisión masculina, no les quedaban muchas alternativas. O se las ingeniaban para despertar el atractivo masculino tratando de convertirse en aquello que anhelaban los varones, o renunciaban al amor terrenal, sublimando sus deseo en las esferas divinas. Razón por la cual muchas optaron por aprender las artes de la ductilidad de que hace gala la plastilina. Es una manera de decir que el principio de la plastilina (que dicho en palabras corrientes se traduciría como «me acomodo a tus deseos») se impuso como necesidad histórica. Y así como el refrán dice «la necesidad tiene cara de hereje», las mujeres terminaron convirtiéndose en herejes de sí mismas.

La teoría de la plastilina —igual que la del vaciamiento— tampoco es inocua. Suele volverse como un bumerán hacia el punto de partida. Es posible comprobar, con demasiada frecuencia, que quienes han padecido el proceso de «modelaje» intentan, a su vez, modelar a otros cuando la oportunidad se les presenta, poniendo en práctica ese mecanismo psicológico elemental que consiste en hacer sufrir a otros lo que ya se padeció. Los ejemplos de acomodación al deseo ajeno suelen adoptar las más variadas formas. En ocasiones parecen inventos literarios más que realidades cotidianas; sin embargo, son tan reales como la luz del sol cuando brilla. Una mujer comentaba:

«De chica tenía una amiga que yo consideraba muy linda, y uno de sus atractivos residía en su pelo rubio. De grande se casó con un hombre a quien le gustaban las morochas. Ella se transformó para satisfacerlo. Desde entonces se tiñe el pelo de negro aunque no le quede bien».

Afortunadamente los seres humanos cuentan con la capacidad para reflexionar y esto produce no pocos beneficios cuando se dan las condiciones favorables. Una de esas condiciones consiste en poner nombre a las situaciones que circulan en el mundo oculto de lo innombrable. De esa manera adquieren existencia y pueden ser abordadas con perspectivas de cambio. Algunos comentarios dan cuenta de esto:

«Siguiendo la imagen de la plastilina, me doy cuenta de que si una siente que es elegida por lo que una es, pero después tiene que cambiar tantas cosas para seguir siendo querida, resulta que de ser un jazmín se tiene que disfrazar de rosal».

«Cuando pienso cuáles son las parejas que al mirarlas me digo "así me gustaría tener una pareja" compruebo que son las que funcionan al contrario de la plastilina, es decir, que se potencian en lo que son».

Sabemos, y si no lo sabemos es bueno que nos enteremos, que la pareja es el espacio en donde depositamos no solo nuestros anhelos idealizados de una relación, sino también y al mismo tiempo, los desechos más denigrados de nuestros comportamientos. La creencia tan difundida de que la pareja es una superposición indiferenciada de dos individuos, contribuye a que a menudo se pretende del otro lo que somos incapaces de producir nosotros y luego nos enojamos enormemente porque ese «otro» nos devuelve, como un espejo, nuestras propias limitaciones. Una mujer, consciente del engaño en el que había encubierto sus propios temores, ironizaba diciendo:

«Yo iría ir al fin del mundo pero mi marido no me deja».

Y otra agregaba:

«Tuve una época en que ataqué furibundamente a mi marido cuando los fines de semana se iba a hacer una actividad que a él le fascinaba. Yo me quedaba loca, pero no porque yo quisiera ir con él. A mí no me interesa un pito lo que él hacía. Creo que lo que me molestaba era creer que no se ocupaba de mí. Un día me dijo claramente: "¿Por qué no te ocupás de hacer lo que a vos te gusta

en lugar de atacar lo que hago yo?". Ahí me di cuenta de que yo tenía que hacerme cargo de mis propios deseos».

Desearía cerrar provisoriamente este tema señalando una de las consecuencias insalubres de la «plastilinización» que, a mi juicio, produce un gran deterioro en el centro mismo del amor. Me refiero a lo que he dado en llamar «concesiones indignas».

Veamos a qué me refiero. Las concesiones indignas son aquellas que de tanto conceder —para acomodarse al deseo ajeno o dejarse moldear a imagen y semejanza de dicho deseo— la persona que concede va desdibujándose hasta perderse a sí misma. Se vuelve extranjera de sus formas propias y con ello va deshilachando su identidad. Con los años, y en el mejor de los casos, puede llegar a ser el prolijo disfraz de un personaje que no eligió.

El siguiente comentario es por demás elocuente de estas concesiones indignas que poco hacen por el amor y solo consiguen desgarrar el alma.

«Me pasé veinte años tratando de ser como mi marido quería. Al cabo del tiempo resulta que yo estoy disconforme conmigo y él vive con alguien a quien no conoce».

Para terminar, voy a sintetizar diciendo que la capacidad de amar es un don preciado que germina en cada ser humano y es uno de sus capitales más redituables. No se presta, no se alquila y es inexpropiable. Por eso, el vaciamiento tan temido por algunas mujeres es inviable. Es solo un fantasma que se construyó a lo largo de los siglos. Insisto en sostener que la capacidad de amar se nutre en el respeto a la propia existencia; por eso, cuando una persona se desdibuja —cediendo al «modelaje»— el amor también se volatiliza junto con el desdibujamiento.

Volviendo a la poesía que escribió Neruda y que fue tomada como punto de partida del presente capítulo, es posible observar que ni el temor al vaciamiento, ni la aceptación del modelaje están presentes en ella. Será, entonces, cuestión de no morir por amor y llegar a decir con la misma desenvoltura que dijo el poeta: «Si decides dejarme a la orilla del corazón en que tengo raíces, piensa

que en ese día, a esa hora, levantaré los brazos y saldrán mis raíces a buscar otra tierra».

7. La dimensión perversa del aguante[16]

1. ¿Aguantar por amor?

Algunos materiales tienen la capacidad de aguantar, es decir, de tolerar tensiones excesivas sin que ello altere sus propiedades ni perturbe su calidad. Esta capacidad de aguante, que en los materiales se traduce como una mayor resistencia a los embates de la naturaleza y el uso, también forma parte del arsenal humano en su lucha por la vida. Su mayor mérito consiste en proveer recursos con los que las personas harán frente a los obstáculos y frustraciones de diversa índole que la vida depara en el complejo transitar humano. En algunos casos permitirá acceder a metas ambiciosas, aguantando largas horas de estudio o entrenamientos que posibiliten acceder a objetivos de desarrollo y enriquecimiento personales. En otro orden de cosas, también la capacidad para aguantar el dolor de los seres queridos (o sus limitaciones) permite ofrecerles un cuidado generoso y compañía solidaria. También en casos extremos, como suele suceder en los grandes desastres (guerras, persecuciones, hecatombes naturales, etcétera), la capacidad para aguantar los pesares que deparan esas desventuras, ofrece posibilidades de supervivencia. Pero así como existe una dimensión del aguante asociada con la vida, la solidaridad y la supervivencia, existe también una dimensión profundamente insalubre. Esta dimensión, que para el tema que nos ocupa denominaré «la dimensión perversa del aguante», aparece asociada con el amor y es ejercida mayoritariamente por mujeres. Muchas de ellas, en su infinita capacidad de aguante, cuidadosamente

alimentada durante siglos, sostienen muy convencidas que aguantan el maltrato de sus compañeros «por amor», las descalificaciones y prepotencias de sus hijos «por amor» y la postergación de sus propios desarrollos personales «por amor».

La dimensión perversa del aguante asociada con el amor aparece en una cantidad de comportamientos encubridores, que han sido incorporados como «naturales», y que consisten en transformar los abusos provenientes del exterior en autoabusos. Desde esta perspectiva, hemos de considerar como autoabusos cuando, por ejemplo, las mujeres aguantan callar sus desacuerdos para no alterar la armonía familiar «por amor», aguantan resignarse a ser marginadas de las decisiones económicas «por amor», aguantan servirse solo los restos de una comida sabrosa «por amor», aguantan acomodarse invariablemente a los programas de esparcimiento que organizan otros «por amor», aguantan hacerse cargo de las necesidades ajenas «por amor». En otras palabras, *cuando hacen del «aguantar» una virtud que favorece a otros en detrimento de sí mismas estamos en presencia de una dimensión perversa del aguante*.

Deseo dejar muy en claro que cuando en este texto hablo de perversión, estoy haciendo referencia a un conjunto complejo de comportamientos que no se restringe en absoluto al terreno de lo sexual. Son comportamientos surgidos de la interacción humana que se caracterizan por ejercer algún tipo de presión abusiva, no siempre explícita, que necesariamente involucra sufrimiento y deterioro. Quien lo padece a menudo no es consciente de ello, porque los mecanismos perversos pocas veces son transparentes. Y así como a menudo resulta muy difícil develar los mecanismos perversos que despliegan otras personas, mucho más difícil resulta desenmascararlos cuando dichos mecanismos fueron incorporados y ejercen su influencia desde el interior de la persona afectada. En el caso del autoabuso femenino —en el que caen tantas mujeres en nombre del amor— estos mecanismos suelen quedar invisibilizados

porque han sufrido un proceso de naturalización[17]. De este proceso nos ocuparemos más adelante.

Aguantar por amor es un contrasentido. Se puede aguantar por conveniencia, por solidaridad o por supervivencia pero no por amor. Más allá de cómo cada quien conciba el amor, se trata indudablemente de un sentimiento liberador, contrario a las opresiones y capaz de poner en movimiento las vivencias más nobles. Se trata de un sentimiento poderoso capaz de hacer traspasar las fronteras más inalcanzables y de transgredir los mandatos más férreos. El amor pone alas a la ilusión y genera un espacio —real y virtual— donde cada uno se siente desplegando sus potencialidades al máximo. Promueve una vivencia de expansión que es lo opuesto a la opresión. Por el contrario, el aguante es una de las tantas manifestaciones de la opresión. Supone tolerar presiones, contener emociones, silenciar opiniones, inhibir acciones, posponer anhelos y realizar una cantidad inimaginable de acomodos al servicio de aplacar. Es por esto que, a mi criterio, el amor y el aguante son inconciliables aunque muchas mujeres, en su afán por amar y ser amadas, disfracen el aguante con las galas del amor.

Una mujer decía:

«El amor ligado al aguante, para mí no es amor. Porque cuando aguantamos nos encorsetamos, nos vamos ahogando y el amor se va desdibujando. En aras del amor hacemos cualquier cosa para preservarlo y es así como a menudo terminamos perdiéndolo. Es muy distinto aguantar una situación no deseada por conveniencia, por temor a la soledad o porque somos dependientes. Pero eso nada tiene que ver con el amor. En aras del amor hacemos mucho por el desamor».

Como este tema es muy complejo y me parece importante no caer en simplificaciones erróneas, deseo prevenir sobre algunas posibles confusiones. Por ejemplo, dejar de aguantar no significa desconocer las necesidades del otro amado para jerarquizar solo las propias. Tampoco significa negar que en toda convivencia amorosa existen diferencias y que las mismas necesitan ser consideradas e

incorporadas de alguna manera, ya que todo vínculo —y el vínculo amoroso entre ellos— supone un intercambio complejo entre personas que son únicas. Resulta muy conveniente tener presente que las diferencias entre quienes se aman se ponen en juego conjuntamente con las afinidades y coincidencias. Y ya que hablamos de diferencias, es conveniente tener presente que la alternativa más saludable es intentar resolverlas, lo cual no significa negarlas o minimizarlas sino, por el contrario, tomarlas en cuenta para implementar acuerdos a través de diversas negociaciones cotidianas. Negociar las diferencias supone que cada parte deberá ceder ciertos espacios y tolerar ciertas modalidades no afines en compensación de lo que la otra parte también tendrá que ceder y tolerar. Este intercambio —que es nada más y nada menos que una negociación mutua— nada tiene que ver con el aguante al que nos referimos en este capítulo. En el aguante, como actitud de sumisión, el ceder funciona como un mecanismo aplacatorio, mientras que en la negociación el ceder se convierte en una estrategia de intercambio y respeto mutuo[18].

2. Una ilusión «muy femenina»: el amor-fusión

La dimensión perversa del aguante (y vuelvo a recordar que consiste en el autoabuso naturalizado, por el cual las personas se ponen al servicio del otro amado en detrimento de sí mismas) que pareciera encontrar fácil cabida en la sensibilidad femenina, se alimenta de motivos tan diversos como complejos. Con paciencia, el análisis de algunos de ellos podrán damos las pistas para ir develando sus orígenes o, aunque más no sea, acercamos al meollo escondido por tanta hojarasca encubridora.

Una mujer comentaba:

«Mi madre decía que para preservar el amor no había que tener ni un sí ni un no, y se aguantaba».

Otra agregaba:

«Muchas veces, cuando hubo desacuerdos con las distintas parejas que tuve, me encontré pensando que dichos desacuerdos provenían de la falta de amor. Asimilaba amor a coincidencia total. Y esto era terrible porque con tal de no perder el amor, en nombre del amor, tapaba los desacuerdos aguantando y terminaba creyendo que cuanto más aguantaba más amaba. Y viceversa, que si el otro me amaba tenía que aguantar. Sin darme cuenta hacía del amor un vínculo exigente y agobiante».

A partir de estos comentarios voy a plantear dos hipótesis con las que intentaré dar cuenta, en parte, de esta concepción del amor como vínculo de fusión. Cuando nos ponemos a indagar sobre los discursos amorosos, es posible comprobar que la pretensión de coincidencia absoluta, afinidad total o unidad indestructible son condiciones que reiteradamente se le atribuyen al amor. Aparecen una y otra vez bajo la forma del «siempre», «nunca» o «jamás». Dichas atribuciones suelen verse reforzadas socialmente por infinidad de canciones que les otorgan legitimidad e insisten en concebir al amor como una experiencia que borra todas las distancias y envuelve a quienes se aman bajo una misma piel. Bajo el influjo de textos acaramelados, los amantes se convierten en una unidad indisoluble que alcanza el punto de fusión. Pareciera tratarse de una unión muy particular que llega a colmar anhelos arcaicos y disipa viejos temores. El «amor-fusión» se convierte en un amor todopoderoso que protege de las inclemencias de la vida y desaloja las vivencias de soledad humanas tan inquietantes como inevitables.

Como *primera hipótesis* voy a plantear que es posible pensar que el anhelo de coincidencia total es el reflejo de otro anhelo profundo con el cual se pretende neutralizar también otro temor no menos profundo e inquietante. Me refiero a un profundo anhelo inconsciente de fusión que neutralice la angustia original de saberse «solos» a partir del momento mismo del nacimiento**[19]**. Un anhelo

ilusorio que encubre una de las angustias humanas primigenias y que fue tan cuidadosamente descripta por Erich Fromm en *El arte de amar*.

Es posible pensar que la dificultad para aceptar que todos los seres humanos «somos» solos ante el universo (aunque seamos capaces de encontrar compañía en el intercambio amoroso y solidario) es el germen a partir del cual se construyen y sostienen ilusiones con las que se pretende compensar la desventura de ese destino humano. Desde esta perspectiva es posible sostener que aquellos que más se resistan a aceptar esa soledad tan inherente a lo humano, serán también los más proclives para adherir fervorosamente a toda ilusión donde la fusión borre cualquier huella de soledad. Y siendo el amor un sentimiento que, entre otras cosas, se presta a borrar las barreras entre aquellos que se aman, se convierte en terreno propicio para depositar allí dicha ilusión, que termina cumpliendo una función compensatoria. Es decir, la ilusión de que «si somos uno con el otro» o «uno dentro del otro» es posible abolir esa inquietante soledad humana. La pretendida fusión intenta compensar la soledad y, de esa manera, neutralizarla. Así, dicha ilusión se convierte en uno de los apoyos a partir del cual se construye una concepción social del amor, según la cual se espera de él y se le exige entrega absoluta, coincidencia total o cualquiera de las formas fusionantes como son, por ejemplo, el «siempre te amaré», «nunca te olvidaré» o «jamás amaré a otro». Cabe señalar que la ilusión en sí misma no es insalubre. Lo que la convierte en insalubre es otorgarle credibilidad. El problema reside, como veremos más adelante, en que el costo de semejante pretensión ilusoria es desmedido y termina haciendo del amor un sentimiento esclavizante y esclavizador. En pocas palabras: traiciona el sentido primero y último del amor.

Es posible comprobar que esta hipótesis involucra tanto a mujeres como a varones, ya que la fusión compensatoria depositada en el amor permite a unas y otros distraer la inquietante sensación de soledad cósmica. Sin embargo, resulta llamativo observar que

existen notables diferencias en las actitudes y expectativas de mujeres y varones. Es frecuente observar que son mayoritariamente las mujeres quienes claman, reclaman, defienden, exigen, sueñan y se desviven por una vivencia amorosa signada por un intercambio donde se pierdan los límites de las diferencias personales. Los festivales de música romántica hacen llorar mucho más a mujeres que a varones, envolviéndolas con el manto acariciador de promesas totalizadoras, donde el «nunca», el «jamás» y el «siempre» ponen el sello a una esperanza de amor absoluto, envolvente y omnipresente.

No podemos dejar de preguntarnos por qué son mayoritariamente las mujeres quienes adhieren a un modelo de amor tan totalizador y tan indiferenciado. ¿Por qué la fantasía de «fundirse en el otro» se convierte casi en la expresión sublime del amor? ¿Por qué toleran como una demanda «natural» el frecuente pedido varonil de «entregarse» por completo como prueba irrefutable de amor? ¿Por qué suponen que es posible adherirle al amor una etiqueta que garantice el «siempre», el «nunca» y el «jamás»? ¿Por qué, en última instancia, tantas mujeres quedan aprisionadas en un modelo amoroso que se pretende tan omnipotente y que las deja tan vulnerables? ¿Por qué reclaman una fusión que las desdibuja como personas hasta hacerlas casi desaparecer, llegando a vivir con total naturalidad el anonimato de circular bajo la sombra ajena?

No pretendo dar una explicación acabada a tantos «porqués» y mucho menos suponer que existe una sola y única interpretación, pero sí intentaré iluminar un aspecto de las expectativas femeninas en relación con el amor de pareja que, a mi entender, está íntimamente relacionado con otra experiencia amorosa que deja una impronta profunda, marcando un modelo que luego se repetirá.

3. Un modelo con *rating*

El modelo al que me referiré es el que introduce la *segunda hipótesis* con la que intento explicar la vigencia de una concepción amorosa basada en el vínculo fusionante. Los múltiples interrogantes que acabo de plantear revelan la existencia de un modelo subyacente que es el del amor concebido como entrega absoluta e indiscriminada, signado por la incondicionalidad, la abnegación, el altruismo y el embeleso, todos juntos o alternados. Este modelo trae a la memoria las múltiples formas del abuso y del autoabuso al que hice referencia al comienzo. Si a eso le agregamos el anhelo ilusorio de la fusión como vivencia sublime de amor, se termina configurando un modelo amoroso para ser aplicado a la pareja que nos remite al modelo de amor materno filial.

El tan mentado «amor maternal», construido desde una perspectiva patriarcal como un amor absoluto, incondicional, abnegado y altruista que convierte en sublime la dedicación al hijo, extiende su sombra sobre la madre apoderándose al mismo tiempo de la mujer. La identificación mujer = madre da una base de legitimidad al reclamo social, y es así como mientras los varones son vistos como tales, independientemente de su paternidad, las mujeres quedan adheridas irremediablemente a una imagen maternal cuya transgresión llega a ser severamente censurada. Gracias a ese mecanismo tan tortuoso como eficaz, que es identificar a la mujer con la madre, se consigue imponer de manera inconsciente en la subjetividad femenina una concepción del amor de pareja hecha a imagen y semejanza del amor maternal. Merced a este artificio, el amor maternal, con sus características de incondicionalidad, altruismo, abnegación, entrega, etcétera, pasa a ser el molde en el que las mujeres de muchas sociedades en el mundo confeccionan y cultivan un amor de pareja que esté a la altura de una maternidad insuperable.

Sintetizaré esta segunda hipótesis diciendo que, para muchas mujeres, el amor de pareja se construye a imagen y semejanza del

amor maternal: altruista, incondicional, abnegado, indiscriminado, absoluto y fusionante. Basándose en esta concepción de amor maternal que considera necesario e inevitable «aguantar» para sostener su adecuado ejercicio es que el «aguante de pareja» se instala en la sociedad y en la subjetividad femenina como el más genuino embajador del amor. Su naturalización lo convierte en obvio y, de esta manera, se perpetúa como si formara parte de las características sexuales secundarias femeninas. A partir de este análisis estoy en condiciones de afirmar que cuando logramos correr estos velos encubridores aparece, en todo su esplendor, la dimensión perversa del aguante, que transforma los abusos emanados del funcionamiento maternal en autoabusos a disposición de cualquiera que promueva una experiencia amorosa.

Considero de fundamental importancia tomar conciencia de que esta dimensión perversa del aguante ha logrado instalarse muy «naturalmente» en la subjetividad femenina. Dicho aguante se convierte para las mujeres en un flagelo que reconfirma la subordinación. Con ello se favorecen opresiones y se legitiman vínculos jerárquicos que convierten en asimétrica cualquier relación amorosa.

Sintetizando: el modelo de amor de pareja en el que tantas mujeres quedan aprisionadas es una construcción social hecha a imagen y semejanza del modelo maternal (incondicional, altruista y abnegado) impuesto por el patriarcado. El anhelo de fusión amorosa con la pareja es un reflejo de la fusión con el hijo. El «aguante por amor» —rémora del aguante en las prácticas maternales— adquiere una dimensión perversa cuando se convierte en una virtud transformando los abusos en autoabusos. El modelo maternal reproduce en las relaciones de pareja las jerarquías implícitas en su seno. Ello atenta contra el establecimiento de una relación simétrica y no hace más que perpetuar las múltiples formas de sumisión femenina.

Es aquí donde cabe recordar una vez más una observación frecuente: muchas mujeres cuidan a los hombres como si fueran sus

hijos pero les reclamen como padres *y*, al mismo tiempo, muchos varones tratan a las mujeres como hijas pero exigiéndoles como a madres. Unas y otros se alternan con la posición jerárquica obstruyendo, de esa manera, el tránsito hacia vínculos paritarios y solidarios.

Como vemos, en aras de salvar el amor queda mucho por hacer y pareciera que lo primero es darnos cuenta de que el modelo de amor materno-filial es un modelo equivocado cuando se aplica fuera del círculo que le corresponde. Habrá que aceptar que no somos las madres de todo el mundo, ni es necesario que lo seamos.

Bibliografía

Bell, Donald, H. (1987): *Ser varón*, Barcelona, Tusquets.

Coria, Clara (1986): *El sexo oculto del dinero*, Buenos Aires, Paidós.

—(1989): *El dinero en la pareja*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

—(1992): *Los laberintos del éxito*, Buenos Aires, Paidós.

—(1996): *Las negociaciones nuestras de cada día*, Buenos Aires, Paidós.

Duby, George (1990): *El amor en la Edad Media y otros ensayos*, Madrid, Alianza.

—(1995): *Damas del siglo XII*, Madrid, Alianza.

Firpo, Arturo R. (comp.) (1984): *Amor, familia, sexualidad*, Barcelona, Argot.

Fromm, Erich (1959): *El arte de amar*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

Groult, Benoîte (1977): *Le féminisme au masculin*, París, Denoel/Gonthier.

Hirigoyen, Marie-France (2000): *El acoso moral*, Buenos Aires, Paidós

Lagarde, Marcela (1990): *Cautiverio de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, Universidad Nacional de México.

«Les cours "amour"». *Bulletin d'Information des Études Feminines*, BIEF-CEFUP-Université de Provence, Aix-en-Provence, 1984.

Platón (1997): *El banquete*, Madrid, Alianza.

Rougemont, Denise de (1997): *El amor y Occidente*, Barcelona, Kairós.

Tristán, Anne (1980): *La alcoba de Barba Azul: realidades y mitos del amor a través del tiempo*, Barcelona, Gedisa.

Notas

[1] George Duby, «El amor en la Edad Media y otros ensayos», Madrid, Alianza, 1990. **<<**

[2] Denise de Rougemont, *El amor y Occidente*, Barcelona, Kairós, 1997. **<<**

[3] George Duby, *Damas del siglo XII*, Madrid, Alianza, 1995. **<<**

[4] Los grupos de reflexión son una metodología de trabajo cuyos antecedentes son los «grupos operativos» desarrollados en la Argentina por E. Pichon-Riviére y los grupos de trabajo de Bion en Inglaterra. Desde 1980 se llevaron a cabo bajo mi dirección, en forma sistemática e institucional, en el Centro de Estudios de la Mujer (CEM) de Buenos Aires, institución de la cual fui cofundadora y miembro de su Comisión Directiva hasta diciembre de 1985. Allí trabajamos con mujeres. Posteriormente, y ya fuera de dicha institución, extendí su aplicación a los grupos con varones. Sobre la metodología de grupos de reflexión con mujeres existe un capítulo en mi libro *El sexo oculto del dinero* (Buenos Aires, Paidós, 1986). Y es posible leer un registro literal de las primeras reuniones de dos grupos (uno de mujeres y otro de varones) en *El dinero en la pareja*, en su primera y segunda edición realizadas por el Grupo Editor Latinoamericano (1989). Las posteriores ediciones concretadas por la Editorial Paidós no incluyeron el registro de las mismas por considerar que eran registros demasiado localistas para un público que incluía España y los países de América latina. Yo no coincido con dicha opinión pero respeto la decisión. En las dos últimas décadas fui incluyendo modificaciones que a mi criterio enriquecieron y afinaron el instrumento. Entre ellas deseo señalar muy especialmente la inclusión de ejercicios de «ensueño dirigido», especialmente preparados para cada tema. Dichos ejercicios fueron introducidos en la Argentina con fines de investigación por el Dr. Raúl Usandivaras, con quien tuve la dicha de compartir diez años de trabajo y enriquecerme en lo personal con su calidad humana. Los grupos de reflexión son un espacio privilegiado para cuestionar lo «obvio» y posibilitar así la toma de conciencia de las condiciones de género —tanto femeninas como masculinas— y muchos de los factores que la producen. Dichos grupos cumplen una función social como instrumentos de prevención primaria y en ese sentido

comparten con los grupos terapéuticos la tarea de ser agentes promotores de salud. **<<**

[5] El grupo de reflexión al que me refiero es uno de los que formaron parte de la metodología de investigación con la que me propuse abordar el tema del amor. Dicho grupo se reunió a lo largo de tres años con una frecuencia de una vez por mes e incluyó, como máximo, ocho participantes. Los talleres de reflexión que coordino habitualmente en mi práctica privada, en Buenos Aires, también incluyen como máximo ocho participantes que se reúnen una vez por mes durante dos o tres horas, mientras que los talleres que coordino en el interior del país y en el extranjero presentan algunas variaciones. Suelen contener tres módulos que se desarrollan durante un día y medio e incluyen la posibilidad de ampliar el número de participantes que con frecuencia llega hasta veinte. **<<**

[6] Este es un punto particularmente clave porque existe una fuerte tendencia a confundir altruismo con solidaridad. En nuestra sociedad se tiende a remarcar las similitudes y omitir las diferencias. Al mismo tiempo, se identifica al altruismo con lo maternal y, a su vez, a lo maternal con lo femenino. Todo ello contribuye a profundizar dependencias y subordinaciones, especialmente en las mujeres. Para profundizar en este tema remito a mi libro *Las negociaciones nuestras de cada día*. En el capítulo 8 —que aborda el tema de la relación entre negociación y género— se lo analiza en detalle. Me limitaré aquí solamente a señalar algunas de las diferencias entre ambos conceptos, solo con el deseo de no dejar desorientados a quienes no lo hayan leído. El altruismo comparte con la solidaridad la característica de incluir en ambas actitudes algún grado de generosidad, pero se diferencian en tres aspectos fundamentales. El altruismo es una actitud personal que: a) establece vínculos unidireccionales; b) requiere y exige la incondicionalidad por parte del que se asume como altruista, y c) termina configurando una relación jerárquica entre el «proveedor» y el «provisto», profundizando mutuas dependencias. La solidaridad, por su parte, es una actitud fundamentalmente social que: a) es bidireccional; b) se basa en la ética de la reciprocidad, y c) reclama vínculos paritarios. El altruismo y la solidaridad comparten en nuestra sociedad el mismo pedestal pero no la misma ética, porque el altruismo favorece privilegios que la solidaridad combate. En ese sentido es que llego a afirmar que el costo del altruismo es la ausencia de solidaridad. **<<**

[7] La elección del costo «menos oneroso» es también el punto clave de las negociaciones con una misma, que a mi criterio es el punto de partida de cualquier otra negociación de la vida cotidiana. La vida cotidiana es una cinta sin fin de negociaciones de las cuales solemos tener muy poca conciencia. El desinterés con que a menudo las personas evitan analizar los costos, conduce con demasiada frecuencia a incrementar las insatisfacciones y conflictos mucho más allá de lo inevitable. Este tema ha sido desarrollado en detalle en *Las negociaciones nuestras de cada día*. **<<**

[8] Luisa Barón, médica psiquiatra presidenta de la Fundación Medico-Psicológica (IMPSI). Artículo aparecido en el diario *La Nación*, Buenos Aires, jueves 11 de enero de 2001. **<<**

[9] Platón, *El Banquete*, Madrid, Alianza, 1997. **<<**

[10] El término «sexuación» es un neologismo que utilicé para describir un fenómeno omnipresente en la cultura occidental judeocristiana. Me refiero a que en nuestra sociedad, el dinero no solo ha sido considerado como un recurso tradicionalmente administrado por los varones sino adscripto inconscientemente como propio del varón. Es asociado a potencia y virilidad, convirtiéndose casi en un indicador de identidad sexual masculina. Esta sexuación, que es incorporada de manera inconsciente a la subjetividad, afecta profundamente a las mujeres, muchas de las cuales mantienen con el dinero relaciones muy conflictivas que perpetúan sus dependencias. Este tema ha sido desarrollado en detalle en los libros *El sexo oculto del dinero* (1986) y *El dinero en la pareja* (1989). **<<**

[11] La clasificación a la que me refiero es la que agrupa a los varones en tres categorías según su grado de prejuicio misógino y la coherencia de sus actitudes respecto del éxito de las mujeres. Transcribiré a continuación la clasificación, incluida en mi libro *Los laberintos del éxito* (1992), que los ordena como pertenecientes a un «primero», «segundo» y «tercer» tipo. «Existe un primer tipo de varones que insiste en sostener que las diferencias de los roles sociales entre mujeres y varones son exclusivamente biológicas y, por lo tanto, es "natural" que las mujeres se circunscriban a sus roles afectivos y domésticos así como también que estén al servicio del varón. Estos hombres consideran que sus privilegios son naturales y están dispuestos a defenderlos a ultranza. Coherentes con ello, ponen obstáculos a cualquier intento de independencia y de desarrollo por parte de sus esposas. En ocasiones llegan a vanagloriarse de ser "tradicionales" y suelen ostentar las discriminaciones que sostienen como un rasgo de jerarquía. Creen que existen individuos superiores y que estos tienen derechos sobre el resto para utilizarlos en su beneficio (mujeres, niños, pobres, negros, extranjeros, etcétera). Estas características no son patrimonio de las clases adineradas. Es posible también observarlas en varones de las clases menos pudientes, con las debidas adaptaciones al medio al que pertenecen. Los mayores defensores de los privilegios masculinos suelen recurrir a textos religiosos que les ofrecen fundamentos para justificar las jerarquías que imponen. El Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y el Corán nos ofrecen textos sorprendentes en este sentido […]. Las mujeres que viven con estos hombres suelen enfrentar un amplio espectro de obstáculos que reducen marcadamente sus posibilidades de desarrollo como sujetos. En esa situación, algunas optan por aceptar con mayor o menor sumisión los roles tradicionales hasta que el paso del tiempo les permite tomar conciencia de que con la sumisión

solo obtuvieron frustración y descontento que las fue llenando insensiblemente de resentimiento. Un resentimiento que a menudo vuelven como hostilidad contra sí mismas produciendo grandes depresiones, severas adicciones o enfermedades físicas. Otras intentan sacar algún provecho para compensar la falta de protagonismo. Y con ese objetivo —a menudo inconsciente— suelen volverse hacia sus maridos tan exigentes en demanda de confort como ellos lo son con el cumplimiento de los llamados "roles femeninos". La violencia que genera la dependencia en que a menudo transcurre la vida de estas mujeres inevitablemente pone en marcha un fenómeno de contraviolencia que atrapa tanto a la mujer como al varón, obstaculizando posibilidades de bienestar en común. También es posible observar que existen mujeres que, totalmente identificadas con la ideología patriarcal, son tan prejuiciosas como sus maridos, y, mientras asumen con orgullo el "rol de esposas" y lo enarbolan como lo más jerarquizado de la "esencia femenina", descargan sus prejuicios sobre otros grupos o sobre otras mujeres con la misma ferocidad con que sus maridos imponen la jerarquía que esgrimen. De manera similar a aquellos judíos que, identificados con el agresor, sometían a sus compañeros de cautiverio. La discriminación cotidiana que respiran las mujeres que viven con estos hombres suele contaminar todos los intersticios de la vida en común. Por eso, son excepciones aquellas que logran conciliar este tipo de pareja con un desarrollo personal saludable. Al mismo tiempo y parafraseando a Josep-Vincent Marqués no podemos dejar de preguntarnos: «¿Acaso es lo mismo para un hombre amar a una mujer sometida?». Evidentemente este tipo de actitudes no deterioran solo al receptor sino también al emisor, porque revierten sobre el varón y lo condicionan a una vida de gran pobreza afectiva que, al cabo de los años, no deja de aparecer en su balance vital.

»Existe un segundo tipo de varones que son conscientes tanto de sus privilegios como de que estos no tienen su origen en la naturaleza sino en las leyes sociales de corte patriarcal. Es frecuente

encontrarlos en la llamada "clase media". Son hombres que disfrutan de esos privilegios con toda naturalidad mientras las mujeres lo permiten, pero son capaces de ceder espacios (después de no pocos forcejeos) cuando ellas, con firmeza, toman posesión de los suyos. Los forcejeos son mutuos y en relación con esto me permito hacer una digresión: a menudo, muchas de las mujeres que emprenden la reivindicación de sus espacios esperan la aprobación por parte de los mismos hombres que verán restringidos sus privilegios a causa de las reivindicaciones femeninas. Esta expectativa de aprobación por parte de las mujeres es un vestigio de la antigua (y persistente) dependencia y una manera encubierta de pedir permiso. Resulta una paradoja pedir permiso para ser libres. Además, está bastante comprobado que a casi nadie le resulta placentero renunciar a los privilegios de que dispone y, en consecuencia, difícilmente otorgará lo que desea seguir disfrutando. Por todo eso es que la libertad no se pide, la libertad se toma. Volviendo a la caracterización de los varones del segundo tipo, es posible observar que suelen hacer gala de sensibilidad social y, en consecuencia, se oponen a la esclavitud en sus diversas formas. Algunos de ellos incluso esgrimen convincentes discursos teóricos al respecto y se asumen como democráticos. Todo esto contribuye a que les resulte muy difícil sostener impunemente la contradicción entre su pretendida democracia teórica y el disfrute consciente de sus privilegios a expensas de las mujeres con quienes comparten la vida. Estos hombres toleran con mayor o menor entereza los planteos de las mujeres y algunos de ellos son capaces de cambiar una vez superada la crisis que inevitablemente genera cualquier situación que pretende modificar estructuras. Muchos de los hombres que se deciden finalmente por aceptar el cambio deben realizar —igual que las mujeres— un laborioso proceso de reacomodación no solo de las actitudes sino también de los valores profundos que regían dichas actitudes. Con frecuencia las parejas que superan estas crisis salen de ellas enriquecidas y fortalecidas. Vivencian nuevos entusiasmos para recorrer otro tramo del camino de la vida sin tanto tedio,

resentimientos ni violencia como la que suele experimentarse cuando se encubren los malestares. Pero otras parejas no logran superarla. Y en estos casos, la separación que sobreviene resulta ser algo así como un "blanqueo" de las enormes diferencias que siempre existieron pero que hasta ese momento habían sido neutralizadas por otros apremios de la vida (crianza de los hijos, estabilidad económica, etcétera) o simplemente encubiertas por falta de oportunidad para evidenciarse.

«El tercer tipo de varones es, ciertamente, el más reducido. Detestan la esclavitud. Necesitan la democracia para vivir. Creen en el amor como una experiencia que no da privilegios de posesión. Están atentos para nutrirse con los estímulos que provienen de aquellos que son diferentes, incluidas las mujeres. Valorizan la coherencia y exigen para sí lo mismo que están dispuestos a dar. Intentan hacer las "cuentas claras" con el propósito de compartir no solo las dificultades sino también los beneficios, porque están convencidos de que el mejor negocio para la vida es el de una sociedad afectiva sin aprovechamientos. Defienden el derecho a vivenciar y expresar sus afectos. Generalmente no necesitan andar exhibiendo su potencia y se animan a mostrar sus debilidades. Muchos de estos hombres han tenido —y aún tienen— que abrirse paso trabajosamente entre los estereotipos sociales que los presionan para perpetuar el modelo tradicional patriarcal que exalta el autoritarismo y la omnipotencia. Estas presiones provienen tanto de los otros hombres como de ciertas mujeres e incluso de su propia subjetividad que ya había incorporado las normas tradicionales del "ser varón". [En un interesante y profundo estudio sobre las vivencias masculinas el autor Donald H. Bell busca en las vicisitudes de lo que llama "la paradoja de la masculinidad" en su libro titulado *Ser varón*]. Estos hombres, en mi criterio, adquieren una irresistibilidad poco común por el simple hecho de que son capaces de amar a una mujer sin reducirla a la condición de madre, o de objeto o de esclava o de niñita inmadura. Las mujeres que buscan un hombre así tienen muchas posibilidades de mantener el

entusiasmo y vivir con plenitud a pesar del deterioro irremediable que produce el paso del tiempo, cuando una vez disminuidos la tersura de la piel y el atractivo de la juventud, se encuentran con que como madres son prescindibles, como objetos son descartables, como esclavas han reducido su rendimiento y como niñitas están fuera del *physique du rôle*. Es imprescindible tener en claro que estos varones del tercer tipo no han nacido por generación espontánea ni tampoco son defectos de la naturaleza. Son personas que han tomado conciencia de que tienen privilegios, y están dispuestos a perderlos a cambio de rescatar lo que el sistema patriarcal les retacea a ellos como efecto indirecto de discriminar a las mujeres: los afectos, la ternura, el disfrute del cuerpo y la posibilidad de ser, sin exigencias, nada más y nada menos que ellos mismos. Lo que los diferencia de los varones de los otros grupos no es la ausencia de prejuicios sino la firme decisión de combatir la discriminación. Generalmente son alérgicos a cualquier tipo de discriminación; por ello están convencidos de que el antisemitismo no es un problema exclusivamente judío, como el *apartheid* no es un problema exclusivamente negro ni el patriarcado un problema exclusivamente femenino». **<<**

[12] El tema del protagonismo femenino y las vivencias de transgresión y culpa que en el plano inconsciente se promueven, ha sido tratado en extenso en *Los laberintos del éxito*. **<<**

[13] Parte de este capítulo fue publicado en la revista *Plural*, de la Sociedad Hebraica Argentina, en enero de 2000. **<<**

[14] El tema de la «cara de culo» fue incluido en el libro *Los laberintos del éxito* (1992) en el que abordo algunas de las dificultades con que tropiezan muchas mujeres cuando intentan asumir su protagonismo público. **<<**

[15] Pablo Neruda, *Los versos del capitán*, Losada, 1961, 15.ª edición. **<<**

[16] Texto leído en las IV Jornadas de Género y Psicoanálisis, Buenos Aires, 1 de septiembre de 2000. Parte de este texto fue editado por la revista *LaCuerda*, Guatemala, para su sección «Femina Sapiens», n.º 31, enero-febrero de 2001. **<<**

[17] Marie-France Hirigoyen (2000) incorpora el concepto de «abuso moral» para referirse a una serie de comportamientos sociales dirigidos a las mujeres tanto en el ámbito familiar como laboral. A partir de su concepto de abuso moral desarrollo el concepto de «autoabuso» para referirme a la dimensión perversa que se instala cuando los abusos provenientes del exterior son incorporados a la subjetividad y desde allí funcionan como «naturales» y, por lo tanto, obvios e invisibles. **<<**

[18] El ceder aplacatorio que tiene por objetivo evitar cualquier enojo o malestar en otra persona con quien se plantean diferencias de criterio, poco tiene que ver con el ceder estratégico. Este último es una herramienta útil y necesaria para intentar acuerdos que agilicen el intercambio en la vida cotidiana y reduzcan el nivel de conflictos. No son pocas las mujeres que tienden a confundirlos y quedan aprisionadas en situaciones de dependencia y subordinación. Este tema fue desarrollado con mayor detalle en *Las negociaciones nuestras de cada día*. **<<**

[19] Para aclarar un poco más el sentido de «la angustia original de saberse solos a partir del momento mismo del nacimiento» transcribiré un texto ya publicado en *Las negociaciones nuestras de cada día*: «Me refiero a la profunda, irremediable e intrínseca soledad del ser humano por no tener otra posibilidad que estar consigo mismo en todos los momentos de la vida. Tal vez habría que buscar otra palabra para nombrar "eso" que evoca nuestro recorte del universo que nos rodea. Es la soledad de lo intransferible: la de las vivencias de goce inefable, dolor penetrante o incertidumbre por lo indescifrable. Estas vivencias son tan intransferibles como las de nuestro nacimiento, los desgarros que nos produce el crecimiento y las alternativas de la muerte. La compañía que los demás nos pueden brindar es sin duda reconfortante y ayuda a transitar esos momentos, pero de ninguna manera nos evita el ser protagonistas irreemplazables de nosotros mismos». **<<**